

En los Museos habia tenido ocasion de elogiar el respeto y el aprecio que dispensa la Francia á los timbres de su historia, á sus grandes capitanes, á sus artistas, á sus escritores, á todo lo suyo...

En Versalles ví salones inmensos llenos de grandes lienzos y hermosas estatuas que representaban los hechos de armas de las recientes guerras de la Argelia, de Crimea y de Italia, y á los héroes que los llevaron á cabo...

En otros lados ví la epopeya de Napoleon I, referida en grandes obras de arte..., robadas á toda Europa, á Egipto y á la Siria.

Debajo del monumental mercado que acaba de construirse, habia contemplado con asombro el depósito de agua del mar en que se mantienen vivos los pescados que ha de devorar París, y los ferro-carriles subterráneos que lo abastecen de carnes, legumbres y otros comestibles...— ¡La antigua Roma se quedaba en mantillas!

En las imprentas de primer orden habia visto nacer los libros y los periódicos en tal multitud y con tanta celeridad como si los produjese un milagroso *fiat*...— ¡Y qué libros, y qué periódicos!

Cinco minutos despues de un espantoso aguacero habia encontrado á París tan limpio, tan bello, tan brillante como una casa recién arreglada para recibir á dos novios..., quiero decir, á dos amancebados...

En las fábricas me habia sorprendido la simplificacion del trabajo, la enormidad de la produccion, la baratura de los artículos y la ferocidad anti-social de los operarios.

En los *restaurants* habia visto por mañana y tarde á más de la mitad de la poblacion de París, comiendo á una misma hora, por un precio infimo ó por un precio fabuloso, y en menos tiempo del que se emplea en España para servir un sorbete en un café.—Diríase que en las casas particulares se habian suprimido las cocinas, el hogar, la lumbre, el fuego sagrado de la familia...

En el *Hôtel del Louvre* habia comido regiamente en una mesa redonda de cuatrocientos cubiertos, donde se veian magnates de todas las naciones del globo...

En los *Establecimientos de Bouillon* habia reverenciado aquella gran caldera llena de sopa, en torno de la cual se agitan al anochecer millares de parroquianos que comen, como quien dice, mecánicamente y al pie de fábrica...

En los teatros habia asistido á comedias, dramas, óperas cómicas, *vaudevilles*, bailes, ejercicios gimnásticos, juegos malabares, hechicerías, esposiciones geológicas y astronómicas, prestidigitacion, simulacros, fuegos artificiales, habilidades de fieras, danzas ecuestres y cuántos espectáculos puede escogitar la imaginacion...

¡Y en todos ellos, aún en los más sérios, advertí que la representacion habia de ser abundante dentro de un tiempo limitado, y que es de rigor que se baile en ella, y que este baile sea el *Cancán*!...

¡El *Cancán*... que es indescriptible; que es la alegría bestial conver-

tida en arte; que es la más grotesca y torpe bacanal llevada á la escena ó paseada por los sitios públicos; que es, sin embargo, el *non plus ultra* del entusiasmo del pueblo parisien!...

Dicho se está, por consiguiente, que ya habia visto tambien á la *Rigolboche*, á la gran reputacion de la época, á la bailarina fea y desvergonzada que guia un cochecillo por el *Bosque de Boloña* entre los aplausos de la multitud, y que á la noche hace su extraordinaria pirueta en el *Chateau Rouge*, en el *Casino-Cadet* ó en el *Jardin Mabille*...

¡Ah! ¡la *Rigolboche*!—Sus retratos inundan á París: sus memorias han sido publicadas; sus dichos, sus modas, sus aventuras son la conversacion constante de la juventud divertida de la capital de Francia!—Los periódicos, algunos libros graves, muchas comedias, todos los *vaudevilles* y mil y mil canciones citan por su nombre á esta mujer fenomenal!—Su sonrisa, sus favores han arruinado ya á muchos capitalistas y á muchos jóvenes del arrabal Saint-Germain.—*Rigolboche* ha llegado á ser un adjetivo. Algunos dicen: «Tal ó cual cosa es muy *rigolboche*...» «¡Qué chiste tan *rigolboche*!»

Ahora bien: ¿sabeis cuál es el mérito, cuáles son los títulos, cuál es el fundamento de la reputacion de esa mozuela, que no es bella, que no tiene talento, que no ama la virtud y que ni tan siquiera sabe bailar?—Pues todo consiste en que la *Rigolboche*, en el *solo* del *Cancan*, levanta la pierna á una altura prodigiosa, hasta el punto de derribar el sombrero á sus admiradores!... Y en que bebe, y en que fuma, y en que no es hermosa, ni noble, ni honrada, ni discreta...! Esto es; en que constituye por sí misma la negacion de todas las convenciones, la abolicion de toda autoridad, el desconocimiento de toda ley, la subversion contra las reglas estéticas, morales y religiosas que sirven de eje al mecanismo de la sociedad...

Tal es la *Rigolboche*; tal es la figura mas popular que encontré en París... despues de la figura política de Garibaldi.

Porque tambien Garibaldi era venerado por la opinion parisiense.—La *Rigolboche* reinaba sobre los cuerpos; Garibaldi sobre las almas.—La *Rigolboche* era el ideal artístico, el ideal poético, la suprema espresion de la belleza. Garibaldi era el ideal moral, el redentor político, el ejecutor de la justicia en las abominaciones de la historia.

Pero sigamos refiriendo las grandes cosas que habia observado en París cuando no acertaba á esplicarme el sentimiento de amargura y de disgusto que me inspiraban los prodigios de la metrópoli del universo...

Todavía recuerdo las siguientes:

La noche de la apertura del *Teatro de los Italianos* habia pasado revista á aquella brillante y terrible alta sociedad parisiense que da la moda al mundo, y cuyas encantadoras mujeres nos ha retratado Balzac con rasgos tan seductores y tan sombríos, que el mero vislumbre de su existencia deja en nuestras almas un rastro de fuego que no se estingue nunca...—Aquellas mujeres aplaudian á la Alboni en la *Sonnámbula*... ¿Por

qué? ¿En nombre de qué idealismo, de qué principio ético, de qué satisfacción de la conciencia, de qué fé religiosa, de qué afecto del alma?—No lo pude discernir...—Tal vez el lujo, la lascivia, la soberbia, la vanidad, el sibaritismo, tienen también su nostalgia... (nostalgia de los sentimientos del espíritu puro...) y por eso las parisienses aplauden á la Alboni en el papel de *Amina*.—¡O puede que solo aplaudan la materialidad de los gorgoritos!

Un domingo había recorrido el Sena en un bote, desde París á Bougival, y había encontrado el río poblado de nadadores desnudos, que escitaban la admiración de mujeres honestas y hasta de garantizadas vírgenes, por la belleza de sus formas, por su armoniosa y robusta complexión, por su magestad anatómica y artística,—todo ello considerado desde el punto de vista escultural y sin intervención alguna del pudor, ni más ni menos que hubiera acontecido en Grecia hace dos mil años...—Baste decir que había oído elogiar á unas señoritas el nacimiento de la barba de un hombre, la musculatura de su brazo, la colocación de su cabeza, la traza de su pierna y el modelado de su espalda.

Había reparado en que la regla estética á que se sujetaban los filarmónicos para estimar la música, no era ya la intuición convencional de las almas, sino la armonía imitativa, la onomatopeya, la efectividad de los sonidos... considerados como ruidos...

En la novela había encontrado una servil imitación de la realidad, la fotografía del vulgo, la prosa de la vida elevada á la categoría del romance...—El modelo se titulaba *Kanny*...

En el arte dramático, áun en el más burlesco y descreído; había notado una marcada tendencia á resucitar la mitología, una gran familiaridad con todo lo pagano, una singular complacencia en interesar al público de hoy con las fábulas del gentilismo, abriendo así en la historia de las costumbres un paréntesis de veinte centurias; paréntesis que comprendía toda la Era vulgar...

En las platerías, en las tiendas de bronce, en los almacenes de muebles, había echado de ver que ya no se rendía culto á la forma gótica, ni á la oriental, ni á la bizantina; sino que todas las creaciones del gusto, lo mismo las joyas que las lámparas, lo mismo los vasos y ánforas que los objetos de tocador ó de escritorio, y todos los útiles de la vida en que la moda imprime el sello del arte, eran una copia perfecta de la antigüedad romana, una reaparición de todo lo encontrado en Pompeya y coleccionado en el Museo Borbónico de Nápoles...

Por ningún lado, ni en los espectáculos, ni en los folletines, ni en las aficiones populares, ni en la pintura, ni en la escultura, encontré rastro alguno del romanticismo, recuerdos de la edad media, poesía cristiana, para decirlo de una vez.—El romanticismo fue el último resplandor de una luz que se apagaba. Las evocaciones caballerescas de 1830 á 1848 pueden considerarse como delirios de una civilización que perecía, como el cre-

púsculo melancólico de un dia pasado, *ægrî somnia*...—Sueños de un mundo enfermo...

Estudiando la política del gobierno, advertí la ausencia de todo principio, de toda doctrina, de todo credo, de todo dogma. El secreto de Napoleón es el *empirismo*, esto es, el *experimento*, el éxito; el eclecticismo en teoría y la posibilidad en la práctica.

Hé aquí un resúmen de su sistema.—Ni bien ni mal abstractos: un criterio de verdad acomodaticio, supeditado á las circunstancias.—Todo aquello que es útil y cómodo es bueno: todo lo que molesta es malo.—El hombre tiene derecho á todo, pero el gobierno tiene las armas.—Cuando el derecho crea un conflicto, se le mutila... Y el comercio y la industria aplauden.—El emperador debe su poder al sufragio universal: el pueblo que lo ungió soberano puede destituirlo: pero el pueblo no escribirá ni hablará ni se reunirá para tratar del asunto.—Se persiste escribir libros enteros contra Dios; pero ni una sola línea contra el César...—Cuando se puede, se regala la libertad á manos llenas, y se convoca la representacion nacional, y se dan garantías constitucionales...; pero si esto llega á no convenir, se deshace en una hora.—Existe el derecho de gentes; pero si á la Francia le acomoda, puede violarse en Roma y Nápoles.—Se proclama la no intervencion en Italia; pero Francia aumenta la guarnicion de Roma.—Si los obispos y las damas legitimistas no lo estorbaran, Francia retiraria la guarnicion de Roma; pero como las damas legitimistas, los obispos y hasta los Orleanses acechan este momento para derribarnos del trono, Francia es muy católica, es la nacion cristianísima, es la hija mayor de la Iglesia, y debe amparar á su Santo Padre.—La libertad es una gran cosa, y debemos desear y aconsejar y exigir que los extranjeros sean libres; pero nosotros en casa tenemos que ser déspotas...—Tal es nuestra política utilitaria, materialista, experimental, atea...

Ni acababan aquí mis observaciones y meditaciones de aquellos cuarenta y cinco dias.

Durante ellos, habia quedado estupefacto al enterarme de las grandes obras ejecutadas en París últimamente y del plan de demoliciones y construcciones que estaba ya aprobado.—Segun él, los trescientos mil obreros que se creen como derecho á trabajar, ó sea los pobres de París (sublevados hace tiempo contra la sociedad en nombre de su derecho á comer, consignado en los títulos que la naturaleza les diera al criarlos con dientes y con estómago), podrán tener paciencia algunos años más...

Habia visto, en fin, y analizado detenidamente, otras muchas maravillas de la moderna Babilonia; y, como ya os he dicho dos veces, lejos de levantar mi ánimo y apaciguar mi corazon aquel espectáculo sorprendente que da tan alta idea del *poder humano*, sentia que una honda tristeza se apoderaba de mi sér, y pedia á Dios con todas las fuerzas de mi amor patrio que retrasase para España la hora de su completa *civilizacion*, si el poder y la civilizacion han de producir siempre resultados por el esilo de los que estaba contemplando en Francia.

Y, sin embargo, todavía pasé algún tiempo sin darme cuenta de mis propios pensamientos, sin explicármelos, sin atreverme á reconocer su justicia.

¿Cómo tú,—me decia yo con espanto;—cómo tú, que eres hijo de este siglo; que lo has admirado y elogiado tantas veces; que te precias de liberal; que repruebas aquellos tiempos bárbaros y criminales que precedieron á la revolucion francesa; que amas al pueblo; que vives de la cultura y por la cultura; que eres libre pensador; que sabes cuánto mejora al hombre la conciencia de sus actos; que has lamentado el atraso en que se encuentra tu país, y que desearias verlo á la cabeza de Europa; cómo reniegas tú de la civilizacion, cómo te disgusta la prosperidad de la Francia, cómo te entristece la libertad y el bienestar del hombre; cómo te asustas; cómo te paras; cómo retrocedes?—Díme, desventurado, ¿te has hecho *neocatólico*?

Sumido andaba en estas reflexiones, sin atinar con la justificacion de mis sentimientos ni dar con una fórmula que pudiese resumir mis ideas, cuando hé aquí que un dia la cosa mas insignificante en apariencia me reveló todo el misterio de mis encontradas sensaciones.

Era la caida de la tarde. Venia yo de *San Dionisio* de ver las sepulturas de los reyes de Francia, cuando cerca ya de París, me encontré con unos obreros que acompañaban un enorme carro tirado por cuatro bueyes, dentro del cual iba un corpulento árbol entero, con ramas, hojas, raices y hasta la tierra en que se habia criado.—Lo habian arrancado de un bosque, y lo llevaban al Jardín de las Tullerías para que diera sombra á un banco de piedra que estaba demasiado espuesto al sol.

Este hecho tan sencillo sintetizó repentinamente mis cavilaciones filosóficas.

—Hé aquí (me dije) la soberbia humana. El hombre atenta á la obra de los siglos, á las leyes de la naturaleza, á la voluntad de Dios. El hombre tuerce el cauce de los rios, horada con túneles las montañas y cambia las relaciones de los pueblos. El hombre construye un mundo artificial, valiéndose de las fuerzas productoras del planeta como de una máquina de vapor.—Ese árbol ha nacido y vivido cincuenta años en *Saint-Denis*, y hoy el hombre le obliga á cambiar de sitio, improvisando de esta manera la sombra y la vegetacion dondè primero se le antoja. Hé aquí como todo pierde su legitimidad natural, su autenticidad sagrada, su genealogía divina. Hé aquí como todo se humaniza, se prostituye y se desordena. Andando el tiempo de este modo, ¿en dónde se podrá encontrar una verdad? ¿qué inspirará respeto? ¿qué no será farsa? ¿qué no será rebelion de los mortales contra Dios?

Cuando en adelante penetre yo en un bosque, en busca de soledad y de misterio, ya no me infundirán veneracion los amores de la naturaleza, el afan con que el árbol se agarra á la madre tierra, la piedad con que la cubre de sombra y de frescura, el apoyo y compañía que da á las flores y

á las yerbas silvestres, ni el acuerdo y la reciprocidad de beneficios con que viven en sociedad aves y hojas, reptiles y musgos, perfumes y rocíos, auras y rumores...—¡No! (me diré): todo esto es mentira: todo es invención humana! Vosotros, elementos de la vida, no os conocéis ni os amais; y acaso tú, frondoso árbol que me albergas, eres en este bosque un desterrado como yo, un extranjero solitario, un alma en pena perdida en el desierto...

El árbol trasplantado (proseguí diciéndome) es la industria, enmendando la plana la naturaleza; es la razón humana, reemplazando al *quid divinum*: es la falsificación, la *contre-facon* de los afectos.—El árbol trasplantado es algo semejante á la corona de flores que se compra hecha en un almacén, y en la cual ha escrito el fabricante: *A mi querido padre...*, *A mi adorado esposo...* *Al hijo de mi vida...* *A la madre de mi corazón...* corona, y lamento, y amor, y lágrimas, todo producto del cálculo, pagado con vil dinero, que llevan algunos á la sepultura de sus prendas perdidas...—El árbol trasplantado es la *Agencia de matrimonios*, mediante la cual, y con auxilio de un prospecto, se improvisan el conocimiento, el amor, las conveniencias de los cónyuges.—El árbol trasplantado es la fama, es la opinión, es la popularidad que dispensan los periódicos, á un tanto la línea: es la legalización del vicio en la Ley sobre la prostitución, que exige tributos á las sacerdotisas de Venus, les da derechos, les impone obligaciones, las acepta, las reconoce, las sanciona civilmente: es el sufragio universal erigido en ley eterna, en revelación divina, en fundamento de verdad, origen de todo derecho, de toda gerarquía, de todo poder: es la población sin hogar, la familia que come en la calle, la negación de la mesa pascual de nuestros mayores, la irreligión local por decirlo así, el ateísmo de las costumbres.—El árbol trasplantado es la profanación de la historia; es la tradición que pierde su prestigio, es el tiempo despojado de su autoridad; es la humanidad que se desarraiga del seno de Dios...

El árbol trasplantado (exclamé por último) es el hombre, trasplantado de los cielos á la tierra.

Y al pensar así, todos los abismos de nuestra época se esclarecieron ante mi vista.

¡Oh! ¡sí!... Mirad...—Desde que los filósofos del siglo pasado predicaron en Francia el libre exámen; desde que la razón del hombre fue aclamada como único criterio de verdad; desde que la fiebre del pensamiento, empeñada en discernir la esencia de todas las cosas, secó en el alma del pueblo francés las fuentes del sentimiento (y con ellas, la fe en lo sobrenatural), perdió su santa eficacia aquella sublime doctrina, base del cristianismo, que hace amable la pobreza, grato el dolor, dulce la injusticia y despreciables y de poco momento las felicidades terrenas en comparación con las bienaventuranzas de la otra vida. Es decir, que cundieron entre las clases pobres de Francia la duda y hasta el decrei-

miento acerca del porvenir del alma: que nadie se resignó ya á sufrir en este mundo, desconfiando de su recompensa en el otro: que la humanidad empezó á considerarse á sí misma como una raza de fieras esparcida por el globo, sin otro destino ni más cuidado que la satisfaccion de sus necesidades corpóreas y de sus caprichos mundanos; y que en consecuencia de esto, todos aspiraron á gozar cuanto les fuera posible dentro del plazo de su sentencia finita, y naturalmente, empezaron á reclamar de los poderes, de los gobiernos, de la misma sociedad, su cubierto en el banquete de la vida, primero con el nombre de derechos políticos (1789), y despues con el nombre de derechos sociales (1848.)

Los gobiernos transiguieron con las masas cuando hicieron la primera reclamacion, y les dijeron:—Firmemos un pacto *constitucional*. Vosotras sereis parte del gobierno, y administrareis la cosa pública. Os creeis con un derecho contra la sociedad..... Venid á ejercerlo. Vosotras legislareis.

Esta fue la época parlamentaria de Francia, y de aquí nació todo el poderío de la clase media.

Pero la clase media se hizo rica y poderosa y desatendió los intereses que habia venido á proteger en el gobierno. Quizás los desatendió porque, estudiando por sí misma la cuestion social, la encontró irresoluble. Ello es que se llamó *conservadora* y se puso, hasta donde convino á sus intereses del momento, del lado del antiguo principio de autoridad y en contra de las masas, esto es, en contra de sus comitentes.

Mientras tanto, el descreimiento era cada vez mayor en las muchedumbres, y el espectáculo de la clase media enriquecida y atea aumentaba en ellas la sed de goces materiales. Ya no habia para qué pedir derechos políticos. Los derechos políticos habian sido en su mano un cetro de caña. La única manera posible de ejercerlos era por medio de apoderados, y los apoderados (los diputados) se pasaban en seguida y engrosaban las filas de los deudores.

—Pidamos las cosas con sus verdaderos nombres y apellidos, se dijeron entonces; y pidámoslas por nosotros mismos.

Y apareció la moderna democracia. El pueblo derribó de nuevo la autoridad tradicional y con ella el gobierno representativo. Erigióse en poder, y en seguida que fue gobierno, planteó con franqueza la cuestion que le habia llevado á aquel extremo: planteó la cuestion social: pidió pan..... por derecho propio!

Pero la demanda era horrible y no podia satisfacerse: reuniéronse, pues, todos los elementos de reaccion, los históricos, los religiosos, los de gloria patria (la clase media, que tenia ya mucho que perder; el ejército, cuyo jornal está siempre asegurado, y el clero, que veia aniquilarse la sociedad cristiana), y batieron al pueblo, y lo vencieron, y constituyóse otra vez, sobre lo anarquía filosófica, social y política, el imperio discrecional de la fuerza.

Napoleon III no ha transigido la cuestion, ni la ha discutido siquiera,

en los años que lleva de gobierno. Ya hemos dicho que para este hombre el *derecho* es una palabra hueca de sentido.—Se me dirá que el problema no tiene solución...—¡Quién sabe!...—Pero, cuando menos, había un medio de atajar el mal y hasta adormecerlo; cual era fortificar los intereses morales; espiritualizar, por decirlo así, las costumbres; levantar las almas á aspiraciones más nobles que el vil dinero; despertar en los corazones metalizados los dormidos gérmenes de la fe en Dios; aumentar la vida del alma; retrotraer, en fin, las clases menesterosas á su antiguo venturoso estado de paciencia y esperanza, de resignación y respetos.....

Napoleon III ha hecho todo lo contrario. Mientras negaba al pueblo sus derechos *políticos* (que siquiera son una cosa digna por lo inmateral) ha reconocido en él los derechos *animales*, y perdonadme la expresión, aunque os parezca dura.—Napoleon está dando de comer al pueblo hace diez años, como se da de comer á las bestias. El obrero no busca trabajo: se lo da el emperador. El pan no sube para el obrero: cuando sube, los ricos pagan el exceso de precio y el obrero sigue comiéndolo barato. Así trabaja un buey y así se le da el pienso. Este remedio empírico no hace sino aumentar el materialismo grosero de una raza embrutecida. Napoleon ha convenido con la vil filosofía de la plebe en que lo esencial de esta vida se reduce á comer bien.

Pero achico la cuestión. El empirismo de que hablo extiende mucho mas lejos su influencia, —y aquí vuelvo á recordar el árbol trasplantado y todas las cosas que su vista me trajo á la imaginación.

Desde el momento que el pueblo francés desconoció las relaciones del cielo con la tierra; desde que negó lo que el conde José le Maistre llamaba *gobierno temporal de la Providencia*; desde que declaró al hombre mayor de edad, creando una nueva autoridad y un nuevo derecho y desterrando de la historia lo sobrenatural, ó sea lo divino; desde que proclamó, en fin, al *Número* como supremo Legislador, y á la *Razon* como único Lugar Teológico, la sociedad francesa quedó huérfana, ó cuando menos, fuera de la patria potestad; esto es, fuera de la potestad de Dios; empezó á regirse á sí propia; no esperó nada de una acción *extraña*, y comprendió, por último que tenia que servirse á sí misma de *Providencia*.

Reinó, pues, en París el *humannismo*.—La altiva ciencia política se desvivió desde entonces por prevenirlo, por reglamentarlo, por remediarlo todo. Los filántropos declararon que la *caridad* era un casuismo injusto, y la sustituyeron con la teoría socialista ó con la comunista. Ya no se consoló á los pobres ni á los desgraciados con palabras de amor ni con esperanzas de recompensas celestes, sino que se pensó en estirpar la desventura y acabar con la gran iniquidad llamada pobreza...; con aquella mansa pobreza de la cual habia dicho un poeta español de los siglos de hierro:

¡Oh vida segura! ¡la mansa pobreza!
¡dádiva santa desagradecida!

Y quién pretendió volvernó al estado puramente animal; quién hacer una familia de todos los hombres, con un *Padre* á la cabeza; quién abolir la propiedad particular; quién hacernos á todos ricos propietarios.— ¡Entre tanto la filosofía importada de Alemania se afanaba por explicar los misterios de la creacion y por razonarlo y analizarlo todo; la vida, la muerte, la eternidad, lo conocido, lo desconocido, el alma, el universo, Dios!—Y uno dijo que cada hombre era un Dios, y otro que Dios no era sino la humanidad, y otros que todo era Dios y Dios era todo, y algunos que Dios no era nadie.....

¡Ah! ¡el *humanismo*!...—El humanismo quitó á los pobres su caudal de miedos y respetos.—La sublevacion de los desgraciados ha sido la consecuencia!

Los poderes se crean hoy humanamente. El sufragio universal im. provisó un rey. La ley es obra del que ha de obedecerla. En adelante el crimen puede llamarse voto particular, filosofía propia, insurreccion del individuo, protesta de su autonomía.—Y en último resultado, la ley residirá en la fuerza.

Por lo demás, el *hombre* ha dotado á Francia muy grandes cosas desde que representa el papel de *Dios*.—El la ha llenado de hospicios, de hospitales y de otros establecimientos de beneficencia; él ha fundado sociedades de seguros contra incendios y contra la quinta; él ha creado las cajas de ahorros; él instituirá con el tiempo alguna cosa que asegure á sus semejantes contra la melancolía, contra los disgustos domésticos y contra el dolor de muelas; él ha propuesto los premios á la virtud!!!... él ha planteado asociaciones de socorros mútuos; él vela por la salubridad pública del modo que sabeis; él recoge á las arrepentidas; él fomenta la cria de las ostras; él perfecciona la estadística universal, y sabe (como Dios lo sabia antiguamente), cuántos seres hay sobre la tierra, cuántos de ellos son criminales, cuántos se han casado jóvenes, cuántos enviudaron, y hasta quizás cuántos están tristes, cuántos creen en la amistad, ó cuántos son aficionados á la música.....

¡Oh!... sí: desde que cada *hombre* tomó en Francia la administracion de sus intereses; desde que dejaron de esperar cosa alguna de la Gracia de Dios; desde que cada cual vive por su cuenta, la Nacion y los ciudadanos son tan felices que da gloria pensar en ello.—¿Qué? ¿Lo ignorábais? ¿No habeis reparado en el sello de paz y de alegría que resplandece en la frente de la juventud de París? ¿No llevais tambien la estadística de los suicidas? ¿No sabeis leer en los corazones? ¿No os edifica ver en ellos tanta fe, tanta esperanza, tanta ilusion, tanta poesía, tanto desinterés, tanto heroismo.?

¡Ah! ¡Desventurados! ¡Desventurados de vosotros si no se os alcanza la razon de mi amarga ironía!—Con vosotros hablo, demócratas de

España y de otras naciones, que ardeis en deseos de ver á vuestros compatriotas tan *civilizados* como los franceses.—¡Desventurados de vosotros si no vivís la vida del espíritu, y creéis que todo está hecho en una nacion desde el momento que se aumentan los goces y las comodidades corporales! ¡Desventurados de vosotros si no teneis alma para sentir el frío de muerte que reina en Francia, y muy más desventurados aquellos franceses que la tengan!

Pero ¿cómo no habeis de tenerla todos? ¿Cómo es posible que el hombre viva solo de bienes materiales? ¿Cómo ha de ser que limite su esperanza al breve espacio de su existencia terrena? ¿Cómo no han de preocuparle los grandes misterios del nacimiento y de la muerte? ¿Cómo no han de holgar en él, aunque nade en los placeres y en las riquezas, una inmensa capacidad de mejores goces, un infinito deseo de ciencia, una inextinguible sed de justicia, y una aspiracion sin límites á perdurables hermosuras?

—¡Y bien! me replicareis. ¿Qué quieres tú? ¿Qué nos das? ¿Qué nos exiges? ¿Cuál es tu creencia? ¿Cuál es tu filosofía? ¿Qué nos aconsejas? ¿Hemos de renegar de la civilizacion? ¿Hemos de abominar de las fuerzas creadoras del entendimiento humano? ¿Hemos de anular nuestra razon? ¿Hemos de volver al absolutismo? ¿Quieres restablecer las antiguas autoridades? ¿Quieres que abduquemos nuestra inteligencia, nuestra libertad, nuestros derechos, en manos de falaces augures, de crueles tiranos, de supersticiosas invenciones? ¿Nos hemos de arrojar de cabeza en las hogueras del Santo Oficio?

¡Oh! no. Yo no os aconsejo semejante cosa..... ni acaso ya es tiempo de aconsejaros nada.—Yo lamento la enfermedad, pero no conozco la medicina..... y, si entreveo alguna, no es de tal naturaleza que vosotros podais aplicarla.—Yo ¡latinos! me limito ahora á negar con todas las fuerzas de mi alma las ventajas de nuestra llamada *civilizacion*.—Y anuncio á gritos que vamos por un camino espantoso, y que en él feneceerán todos los pueblos que tengan la insensatez de seguirlo.....

Y aquí termina mi *cuadro de la vida de Paris*.

LIBRO SEGUNDO.

SABOYA Y SUIZA.

I.

EL MONTE JURA.—¡BENDITAS SEAN LAS MONTAÑAS!

No habia tiempo que perder, y demasiado habia ya perdido en Francia, sin provecho alguno para mi inteligencia ni para mi corazon; pues ni lo que observé en París modificó en nada las ideas con que penetré por sus puertas, ni sus decantados goces brindaron más que tedio y abominacion á mi espíritu.

Entre tanto, los grandes acontecimientos que tenian lugar al lado allá de los Alpes me llamaban con altas voces.—Lamoriciere habia sido derrotado en Castelfidardo, y Garibaldi se apoderaba del reino de Nápoles.—La Italia antigua se hundia. Muchas cosas que yo deseaba conocer, iban á desaparecer para siempre.

Era, pues, preciso marchar sin pérdida de tiempo.

Irarte y yo hicimos en una hora nuestros preparativos de viaje.

Estos preparativos se redujeron á trasladar mis maletas á su casa á dejarlas allí en compañía del ajuar y equipaje de mi amigo, quedándonos sólo con lo puesto y con aquellos más indispensables objetos que buena mente pudimos meter en un saco de mano.

Lo propio debe hacer todo hombre que piense viajar sin familia, y con un objeto puramente artístico ó poético, por paises en que nadie le conozca.—Más barato es comprar un frac y un sombrero de copa en las capitales en que seáis convidados á un baile ó á una comida, que gastar todos los dias un dineral en *exceso de peso* y en mozos que lleven y traigan, suban y bajen vuestras inútiles maletas. Y todavía lo del dineral es de poca importancia en comparacion con las molestias, los cuidados, el tiempo y el embarazó continuo que os ahorrareis viajando á lo militar....., á *la ligera*, como me permito aconsejaros.—Un hombre solo, con su saco en la mano, se baja del tren donde se le antoja penetra en él, sin detenerse á recoger ni á facturar baules; puede viajar en carretela

descubierta, á caballo y hasta á pié; se queda, si quiere, en mitad de los caminos; almuerzo en una cabaña, come en un molino, duerme debajo de un árbol, con su mochila por almohada, ó en donde mejor le acomode; es el primero, al llegar á una ciudad (suponiendo que vaya en ferro-carril), que coge un coche de alquiler y elige habitacion en la fonda ó puesto en la mesa, y es el último que está espuesto á que lo roben, á que se le pierda algo ó á que lo detengan horas mortales en una aduana, tomándolo por contrabandista.—Y la perfeccion de este modo de viajar (á la que nosotros llegamos pocos dias despues) consiste en *comprar ropa blanca nueva en vez de dar á lavar la sucia*.—¡En todas partes venden camisas! Aquellas que os quitais, deben pasar inmediatamente á poder de los criados de los hoteles, por via de propina, ó á poder de los pobres, por via de limosna.—Con el dinero y el tiempo que habeis de gastar en un punto, esperando á que os laven y planchen la ropa, teneis de sobra para ver una ciudad más, ó para recorrer en ferro-carril un reino como el de Etruria (que Dios perdone).

No menos militarmente trazamos nuestro itinerario.

Todos sabeis que entre Italia y el resto de Europa se levanta la gigante cordillera de los Alpes, siempre nevados, y solo transitables en el invierno por dos ó tres puntos.

Ahora bien: estábamos á 14 de octubre, y principiaba á hacer frio.....

Sin embargo, nosotros no éramos hombres de pasar á la vista de los más grandes montes de esta parte del mundo sin penetrar en ellos y contemplar sus maravillosos panoramas, áun á costa de los mayores peligros.....

Decidimos, pues, salir de Francia por la parte de Ginebra; penetrar en el corazon de los Alpes por Saboya; llegar á su gran nudo y eminente cima del *Mont-Blanc*, y una vez allí, saltar á Italia por donde se pudiese; por el *San Bernardo* ó por el *Simplon*, segun que estuviesen más ó menos recientemente nevados.....

—¡Seamos (nos dijimos) los Aníbalés ó los Napoleones del arte!

Atenidos á este plan, salimos de París á las siete de la mañana, y fuimos á dormir á *Macon*.

Bien podíamos haber ido á dormir á Ginebra; pero no queríamos pasar el Monte-Jura y la frontera suiza en las tinieblas de la noche.

¡Deseábamos ver cómo se acercaban á nosotros pausada y magestuosamente las corpulentas montañas, y apreciar al mismo tiempo las circunstancias más pequeñas del tránsito de un Estado á otro!

De *Macon* sólo recuerdo que en el hotel en que paramos hacia frio; que el vino que roció nuestra cena era escelente; que nos acostamos muy temprano, y que pasé la noche soñando con los lagos y los montes que iba á empezar á ver al otro dia.

Antes de rayar la aurora estábamos ya (con nuestros sacos en la mano) camino del ferro-carril.....

El tren partió al amanecer con direccion al Este.

—Dentro de algunas horas, le decia á Mr. Iriarte con cierta cruel satisfaccion, no seré yo sólo el extranjero, sino que lo serás tú tambien.....—¡Ya me parece respirar el aire de Suiza!

Poco tiempo despues llegamos á *Amberieu*, pequeña poblacion de Francia, á doce leguas de la frontera helvética.

Allí empezó ya á plegarse y *accidentarse* el terreno.

El Monte-Jura, cordillera secundaria, desprendida de la gran cadena de los Alpes, dibujábase en el horizonte.

La tierra aparecia más húmeda, y el viento arrastraba balsámicos aromas que fortalecian nuestro corazon...

La mañana era hermosa, aunque algo fria. Poco á poco fue penetrando el tren en una série de terraplenes y desmontes, cada vez más importantes. Luégo empezaron los viaductos y los túneles...—¡Estábamos en plena montaña!

El agua germinaba por todas partes. Las laderas y los zócalos de las rocas se vestian de amenísima verdura. Las hondonadas se iban llenando de árboles... Sudaban las piedras, creando arroyuelos, que se convertian despues en mil endebles cascadas, todas las cuales formaban en los barrancos unos impacientes rios, jóvenes y bulliciosos, que corrian y saltaban gozosamente, llenando el espacio de placidísimos rumores y esparciendo por do quiera el amor y la alegría...

En *Culoz* (todavía Francia) el paisaje era ya grandioso. Las altísimas cumbres ostentaban ya sempiternas nieves. De las casas rústicas esparcidas en los quebrados valles salia aquel azulado humo que parece llevar al cielo las santas afecciones del hogar, y sobre algunos árduos picos de las tajadas peñas se veian estátuas de la Virgen ó de los patronos de la comarca...—La naturaleza recobraba su augusto imperio y el hombre sus inmortales instintos...

—¡*Benditas sean las montañas!* exclamé yo entonces, recordando mis amargas impresiones de París.

A nuestra derecha corria velozmente el impetuoso y opulento Ródano, cuya otra márgen era tierra de Saboya.

El Ródano salia de Suiza, á donde nosotros llegábamos.

Su cauce es un profundo foso, obra suya, en que ha empleado eternidades de años de trabajo no interrumpido.

Este foso ha sido durante muchos siglos la frontera de Italia y Francia.

Nosotros caminábamos en sentido opuesto á la corriente, por largos túneles, obra del hombre, realizada en dos ó tres años.

¡Y la Saboya empezaba en aquellos dias su existencia francesa!—Todavía no hacia tres semanas que Napoleon III la habia recorrido de parte á parte, tomando posesion de su mísero territorio...

Verdaderamente, causaba pena contemplar aquellos verdes prados que se estendian al otro lado del rio. Ninguna vivienda humana se descubria en ellos.—La antigua heredad de los reyes del Piamonte parecia la-

mentar, con la ausencia de sus hijos, su triste suerte de haber sido vendida como una esclava.

El tren avanzaba en tanto, siempre por la márgen francesa del Ródano. Una maravilla sucedía á otra. Los peñascos y las nubes se miraban, como en tersos espejos, en mil pequeñísimos lagos producidos por las destilaciones de las montañas.

A veces se turbaba la apacible serenidad de aquella amorosa naturaleza, y el paisaje aparecía rudo, austero, pedregoso, como las ruinas de colosales templos.

Eran los vestigios de antiguos terremotos que, dislocando los montes ó removiéndolos de sus anchas bases, habian descubierto las áridas entrañas de la tierra, dejando ver la cuna de los metales ó la misteriosa estratificación que revela á los geólogos las vicisitudes del planeta.

Y por todas partes, lo mismo en la choza de paja del pastor que en la casa de madera del cortijero; así en la estacion del ferro-carril como en la graciosa quinta del hombre acaudalado, seguíamos viendo cruces ó imágenes sagradas, signos piadosos de una fe sencilla, exaltacion espontánea de una creencia indestructible.

Facilísimamente me esplicaba yo que entre la atea Francia y Ginebra la politeista, subsistiese semejante fervor religioso.— Todos los pueblos de montaña son espiritualistas, místicos, afectuosos y buenos, por una especie de ley física. El hombre que vive en el seno de una poderosa y salvaje naturaleza, lidiando siempre con todo el furor de los elementos y con el rigor de las estaciones; rodeado de peligros; luchando hoy con la inundacion, mañana con la *avalancha*; obligado á salvar el abismo sobre un puentecillo de madera que le derriban cien veces los temporales; forzado á permanecer dias y dias dentro de su cabaña, enterrada bajo la nieve; testigo á todas horas de las maravillas de la creacion; penetrado, como debe de estarlo, de su flaqueza y nulidad al lado de tanta fuerza y de tanta vida como le salen al encuentro por todas partes...; este hombre, digo, no puede desechar de su alma el *temor de Dios*.

¡Oh, sí! el hombre de la llanura, el morador de poblaciones que se enseñorean de tal ó cual comarca en que no figuran los grandes fenómenos terrestres, puede infatuarse con sus mezquinas edificaciones y creerse un Dios ó cosa parecida. Sus palacios y sus monumentos le parecen enormes porque no vé cerca de ellos nada superior con qué compararlos. Pero colocad la catedral de San Pedro de Roma ó el Palacio de Cristal al pié de Mont-Blanc ó del Himalaya, y vereis cómo la obra humana os inspira solamente una ligera curiosidad, mientras que la obra divina os hace admirar, respetar, temer y rendir culto al Dios omnipotente...

Mucho más pudiera discurrir acerca de esto. Pero el tren penetra en Suiza, y no es cosa de distraernos en un instante tan deseado.

II.

GINEBRA.—UNA TARDE EN EL LAGO.

El tránsito de Francia á Suiza, ó sea el paso de la frontera, no se determina por ningun acto oficial.

Ni esbirros os piden el pasaporte, ni aduaneros se apoderan de vuestro equipaje... Es más: por ninguna parte veis un ejemplar de estas variedades de la especie humana.

El tren pasa de una nacion á otra sin que os deis cuenta de ello, hasta que, al llegar á la estacion de *Chancy*, v. gr., echais de ver que en el escudo de armas que la decora campea una gran *cruz blanca*, en lugar del *águila francesa*.

—¡Es esto ya Suiza! esclamais entonces.

—Sí, señor, hace un momento que salimos de Francia—os responden vuestros compañeros de viaje, mudando de postura, respirando de otra manera y como disponiendo su espíritu á nuevas emociones.

Al principio, el país no se diferencia en nada al que acabais de dejar.

Los últimos pueblos franceses tienen algo de suizos, así como los primeros pueblos suizos tienen mucho de franceses.

Lo mismo sucede en casi todas las fronteras del mundo.

Pero con todo, la imaginacion, sabedora de la transicion que acaba de verificarse, se afana por descubrir diferencias en las cosas y por convencerse y convencerlos de algun modo de que ya no estais en un Imperio, sino en una República; de que habeis salido de un Estado Católico y entrado en otro Protestante; de que ya vivís *mas libremente*, y de otros muchos fenómenos que no se pueden apreciar sino con los ojos de la erudicion, y nunca con los de la cara.

A lo menos yo, por mi parte, al ver aquella *Cruz blanca*, prodigada con cierto orgullo, no pude menos de decirme repetidas veces:—«Estás en Suiza...», como para despertar los ecos que estas palabras habian de producir en mi espíritu.

Y mi imaginacion, entonces, reuniendo todas las impresiones de mi vida referentes á aquella tierra, me las presentó sin orden ni concierto.

—La Suiza (dijo mi memoria) es la patria de Guillermo Tell;—el país de Europa más elevado sobre el nivel del mar;—el mas pintoresco; el más grandioso; el templo de la naturaleza, por decirlo así;—la ciudadela de Europa;—la tierra clásica del queso, de las vacas y de las casas rústicas;—la cuna de los rios;—la república patriarcal;—el refugio de los hombres libres;—la region de las nieves eternas;—una fábrica de relojes y de instrumentos matemáticos y quirúrgicos;—un criadero de filósofos;—un vivero de dueños de pastelerías y *cafés suizos* establecidos en toda Europa, hasta en Granada, hasta en Málaga, hasta en Valladolid, hasta en Búrgos;—y el pueblo que da nombre á los célebres *suizos*, esto

es, á los soldados mercenarios de todos los tiempos, que montaron la guardia en los palacios reales de Madrid, de París y de otras muchas c6rtes, y que todavía la dan al Papa en el Vaticano...—La Suiza ha sido siempre fecunda en grandes hombres; pero ha hecho con ellos lo que con sus rios y con sus soldados; los ha enviado lejos de sí para que sirvan á otras naciones... Precisamente, esta ciudad de Ginebra en que vamos á entrar, cuenta entre sus hijos á Rousseau, á Say, á Sismondi, á Necker; todos ellos prohijados por una tierra estraña.—Esto se esplica con solo decir que los suizos no tienen idioma propio, sino que hablan el francés, el italiano ó el aleman, segun que sus cantones lindan con Francia, Italia ó Alemania.—En cambio Ginebra acogió y adoptó á Calvino, el temible reformista, y reivindicó á Mad. Stael, suiza de origen, y albergó á Voltaire, y retuvo á Goethe, á Byron y á Jorge Sand, y fue siempre como horno encendido en que se forjaron las ideas que más han agitado á Europa desde los tiempos de Lutero.—¡Suiza!... Suiza (me seguia diciendo) es una confederacion de veinte y dos repúblicas que forman una sola.—De ellas hay nueve católicas, siete protestantes y seis mixtas.—Ginebra es protestante.—Los suizos son muy fieles y muy valientes, y lo han demostrado en todas las naciones en que han servido no importa á qué rey.—Los suizos triunfaron del imperio aleman y de *Cárlos el Temerario*, conquistando así su independencian.—La historia presenta pocos ejemplos de una lucha tan larga, tan tenaz y tan gloriosa.—Los suizos, en fin, aman á su país sobre toda ponderacion, y el *Ranz des vaches*, la cancion de sus montañas, obra maestra del dialecto helvético, les hace morir de melancolía cuando la oyen en las tierras extranjeras á donde los confina la pobreza del suelo nativo...»

Mientras yo recopilaba de este modo todas las ideas que tenia de Suiza (y ya veis que el caudal era bien escaso), el tren menudeaba sus silbidos, indicándonos el término de nuestro viaje... ó sea la proximidad de *Ginebra*.

Llegamos al fin.

—Y aquí debo declarar que, no bien puse el pie en tierra, ya no me cupo duda de que habia entrado en una nueva nacion, y en una nacion eminentemente *libre*...

Una nube de mercaderes nos rodeó á los recién llegados.

—¡*Napoleon el Pequeño*... por Victor Hugo!.. ¡obra prohibida en Francia!—Hé aquí las primeras palabras que hirieron mis oidos, mientras que un hombre me alargaba un volúmen que yo conocia hace bastantes años.

—¡*El Papa y el Congreso*!.. exclamaba otro.

—¡Tabaco español!.. gritaba un tercero, ostentando, colgado de sus hombros, todo un estanco... ó sea todo un *desestanco* de aquel importante artículo.

—¿Quiere usted ver el templo de los *Fracmasones*?—Aquí tengo un carruaje, decia el de mas allá.

- ¡A *Ferney!* ¡Vamos á *Ferney!* ¡A la casa de Voltaire!
- ¡Biblias en todas las lenguas!—¡El busto de Calvino!
- Caballero, ¿es usted católico?—Yo le diré donde está su iglesia.
- Caballero, ¿es usted judío? Yo le diré donde está la Sinagoga.
- Caballero... ¡Por cinco francos, un paseo por el lago!.. Iremos al *Castillo de Chillon*, cantado por lord Byron...

Todos los *ingleses* empiezan por verlo de este modo.

- Caballero, desde mi barco le haré divisar el *Mont-Blanc* á lo lejos...
- ¿Quién viene á la isla de Juan Jacobo Rousseau?
- ¡Venga usted á *Clarens*, donde habitó *Julia!*.. Verá usted el bosque de castaños que se describe en la *Nueva Eloisa*.
- ¡Un-coche para *Chamounix!*.. ¡En cuatro dias verá usted lo más notable de los Alpes!

Todas estas proposiciones, y otras muchas más, referentes á hoteles, restaurants, baños y escursiones á mil puntos célebres, cayeron sobre nosotros como una granizada.—Nosotros aguantamos el chubasco como mejor pudimos, y nos encaminamos al hotel *del Lago*, que, por llamarse así, nos pareció debía ser el más conveniente, ó sea el de mejor vistas.

Ginebra, la ciudad mas rica y poblada de la Suiza, está asentada en el extremo occidental del lago que lleva su nombre, y que tambien se llama *Lago Lemán*.

Este Lago se dilata de Poniente á Levante en forma de media luna. Lo surten principalmente las aguas del Ródano, que entran en él por el extremo opuesto al en que se encuentra *Ginebra*, y salen escapadas por esta ciudad con direccion á Francia. Por consiguiente el Lago es como un embalse del gran rio. Tiene diez y ocho leguas de longitud por tres de anchura en su parte máxima. Cerca de Ginebra es muy estrecho, y en *Vileneuve*, donde concluye, su latitud no pasa de media legua. (Siempre que hable de leguas, entiéndase *francesas*, ó sea de á cuatro kilómetros cada una). La profundidad del Lago varía mucho, segun el lugar donde se eche la sonda. Por unas partes tiene trescientos pies; por otras, quinientos, y llega hasta seiscientos, cerca de *Meillerie*. Sus aguas son notables por lo muy azules que aparecen á los ojos, en vez de ostentar el color verde que distingue á los demás lagos de Suiza. Sus ondulantes y graciosas márgenes están bordadas de preciosos pueblos que se miran en el agua como en un espejo. Sin embargo, es muy frecuente ver encolerizado á este *mar en miniatura*, como lo llama un poeta, y entonces las ciudades de la ribera reciben los embates de las olas, que arrastran los destrozados restos de lúgubres naufragios.

Cuando nosotros llegamos á *Ginebra*, el Lago estaba tranquilo, resplandeciente, deslumbrador. El sol del mediodia reverberaba en él de tal manera, que apenas podian los ojos resistir el brillo de las aguas. Entre ellas y el cielo, azul tambien y radiante, extendíase, como una rizada cinta, la caprichosa cordillera del Monte-Jura, mientras que á la derecha

de la ciudad y por detrás de ella, se descubrían los ciclópeos estribos de los Alpes, de un verde muy oscuro, y allá... más lejos, asomaban algunas blancas cimas, como cabezas de gigantes ancianos..., y eso que todavía no eran los colosales reyes de los montes.

Iriarte y yo convinimos en dejar para la tarde nuestra escursión al Lago, dedicando ántes algunas horas á recorrer la ciudad.

Ginebra, llamada en un tiempo *la Roma del calvinismo*, tiene unos cuarenta mil habitantes, de los que más de doce mil son extranjeros; pero su actividad y su bullicio hacen creer al recién llegado, que se encuentra en una capital de trescientas mil almas. Fabrica muchas cosas y comercia en todas. Es un gran centro de industria, y al mismo tiempo uno de los primeros focos del saber humano. Véase inundada de libros; tiene una gran Biblioteca pública, famosa sobre todo por los manuscritos que encierra de San Vicente Paul, de San Francisco de Sales, de Lutero, de Calvino, de Rousseau y del prior Bonivard, así como por las preciosidades paleográficas y artísticas que conserva desde los tiempos de Carlos el Temerario; da trabajo á infinidad de imprentas, que esparcen por el mundo las obras que no pueden publicarse en los países vecinos: su *Museo académico* es notabilísimo por los objetos de historia natural que comprende, coleccionados por los sábios ginebrinos de *Candolle*, *Saussure*, *Boissier* y otros; merecen verse, en fin, el *Jardín botánico*, y el *Museo Rath* (ó de pinturas), el *Arsenal*, las casas de educación, y otros muchos establecimientos públicos.

La ciudad está dividida en dos partes por el Ródano, ó para hablar más exactamente, en tres partes desiguales. Esto consiste en que, donde acaba en Lago y empieza el Río, se levanta una gran isla, cubierta de casas y enlazada por seis puentes á Ginebra la *Vieja*, que se asienta á la izquierda, y á Ginebra la *Nueva*, que antes era un pobre barrio, pero que con motivo de pasar por allí el ferro-carril, será dentro de poco lo mejor y más importante de la capital.

Más dentro del Lago, hay otra isla sumamente pequeña, unida por un puente colgante á otro puente de sillería que comunica también las dos grandes mitades de la ciudad. Esta es la llamada *Isla Rousseau*. Hállase plantada de árboles y sirve de paseo público. En su centro se levanta una estatua de bronce del autor del *Contrato social*, esculpida por Padrier, y al alrededor de la Isla corre un balcon de hierro, cuyas vistas son verdaderamente admirables... Básteos saber que desde allí se perciben las cumbres de la cadena del *Mont-Blanc*.

Entre éste y *Ginebra* se levantan otras muchas cordilleras secundarias, que ocupan un espacio de diez ó doce leguas, y que, por su mayor proximidad al que mira, tapan casi completamente al gran coloso...— Pero ¡ah! no... que la cana frente del soberano asoma al fin por detrás de todos sus súbditos..., y es tan imponente la serenidad que ostenta, son tan sublimes las regiones que invade en la alta atmósfera, que no parece sino

que se eleva verticalmente sobre el lago; que os encontrais á sus pies; que os amenaza; que os abruma...

Y es que el *Mont-Blanc* se os acerca por una ilusion óptica; es que os atrae; es que su grandeza desvanece y anula todo lo que se interpone entre él y vos; es que os fascina!

Asi fué que nosotros, desde el instante que lo columbramos á lo lejos, coloreado por el sol que empezaba á declinar, nos sentimos impulsados hácia él de tal manera, que decidimos marchar en su busca á la mañana siguiente...

¿Y la escursion por el lago? me direis. ¿Y el castillo de *Chillon*? ¿Y *Lausanne*? ¿Y *Ferney*? ¿Y todas las demás cosas?

Os responderé con franqueza.

Primeramente, debo deciros que empezábamos á temer vernos obligados á volver á *Ginebra* despues de visitar el *Valle de Chamounix* y de subir desde él al *Mont-Blanc*, si esto era ya posible.—Las noticias que nos habian dado por la mañana convenian en que las salidas de aquel valle, asi la *Tete-Noire* como el *Col de Balme*, estaban ya cerradas por la nieve, y en que los hoteles de Chamounix no Albergaban un solo inglés hacia lo menos una semana, por lo que se temia que ya los hubiesen abandonado sus mismos dueños, como hacen todos los años á mediados de octubre.—Estábamos, por consiguiente, en el caso de aprovechar las horas, si habíamos de penetrar en el corazon de los Alpes para visitar el *Mont-Blanc*, aunqueuviésemos que volvernós despues por el mismo camino.

Por otra parte... y esta es la mas lástimosas.—Yo no sentia gran curiosidad de recorrer todos aquellos puntos que las *Guias* y los *ciceroni* nos describian como muy deliciosos. Estaban tan previstas y tan consignadas las emociones que se experimentan en cada punto del Lago Lemán; se ven en *Ginebra* tantos grabados y fotografías de sus más insignificantes parajes; habia, en fin, tanto de rutinario y de normal en aquella escursion, hecha á gusto del capitan del vapor que lo llevase á uno, en compañía de otros cien *touristes* desconocidos, sin poder detenerse nadie donde le agradara ni buscar á las cosas otro punto de vista que el prefijado por la costumbre, que preferí las expediciones á pie ó en mulo que me aguardaban en medio de las nieves, solo, libre, entregado á mis contemplaciones y luchando á cada momento con accidentes imprevistos...

Y es esto tan verdad, que la primera impresion que me causó la Suiza al penetrar en ella aquella mañana, inspiróme las siguientes palabras, que escribí con lápiz en las márgenes de una *Guia*:

«¡Qué grato me hubiera sido venir á Suiza, cuando Suiza era bella sin saberlo; cuando aún no habia hecho una mercancia de sus naturales encantos! Hoy euplota su belleza; se pinta, se adorna, se compone, se exhibe, y enseña sus más ocultas perfecciones por una miserable moneda. ¡No hay que buscar! ¡no hay que luchar! La infeliz tiene puestas las escalas en sus balcones y marcados los precios. Cualquiera hijo de estas comarcas lo lleva á uno de la mano y le muestra las recónditas cascadas; le indica

las subidas y las bajadas de los mas árduos riscos; lo conduce por entre los témpanos de hielo; le *anuncia* las perspectivas *que van á sorprenderle...* Y si no, aquí está el presente libro, que lo conoce todo y sabe cuánto cuesta cada paso por este paraíso. ¡Ah! yo odio las *Guías* y á los guías ó *ciceroni*: unas y otros me hacen el efecto de repugnantes Celestinas.—Yo quiero perderme en el seno de la naturaleza; oír á lo lejos el ruido del agua; encontrarme el torrente donde no lo esperaba; ignorar la manera de salvarlo; asomarme al abismo á riesgo de mi vida, y no desde un balcon de madera; descubrir la apacible llanura despues de atravesar la pedregosa sierra, y creer que Dios acaba de criar aquel panorama para exclusivo solaz y descanso de mi vista...—Dicen que el valle de Chamounix está desierto; que los hoteles se hallan cerrados; que el invierno ha borrado ya las huellas del hombre... ¡Tanto mejor! Ahora habrá allí algo inesperado, algo nuevo, algo para mí solo.—¡Feliz yo si sorprendo á aquella naturaleza pública en una hora de vida privada!—Esto me proporcionará la gloria de encontrarme á solas con su alma.»

Por todas estas razones, decidimos Iriarte y yo salir para el *Mont-Blanc* á la mañana siguiente.

— Pero todavía pudimos aquella tarde visitar la *catedral* protestante, edificada hace mas de ochocientos años... y que, por consiguiente, fué iglesia católica durante siete siglos.—Hoy se la ve despojada de imágenes de santos. En cambio, encierra algunas tumbas de hombres.—El púlpito es aún el mismo en que Juan Calvino explicaba al pueblo la *Reforma...*

En la calle de los Canónigos nos designaron al paso la casa del gran hereje; en la que vivió veinte y un años, y donde exhaló el último suspiro...

Despues vimos el actual templo Católico, dedicado á *Nuestra Señora*.—Su estilo gótico, sus oscuras naves, sus imágenes piadosas, el órgano que sonaba en aquel instante respondiendo á los sacerdotes que cantaban *visperas*, el incienso, las luces del altar, los ornamentos sagrados y la liturgia de *nuestro clero*, me impresionaron más vivamente que nunca, confirmándome en la idea de que el cristianismo no revestirá nunca en España la forma protestante.—«Toda religion (me dije) es más bien un sentimiento que un raciocinio; y en España no morirá nunca el sentimiento. Ahora bien, esta nobilísima facultad del alma vive y se manifiesta, se alimenta y se complace con la poesía del mundo, con los encantos del arte, con todo lo que es belleza, con todo lo que es gracia, con todo lo que es afecto, ternura y entusiasmo...»

Al caer la tarde tomamos un bote y dimos un paseo por el Lago, aprovechando el solemne momento de la puesta del sol...

Y aquí me permitireis que ceda la palabra á lord Byron, quien os

dirá en su lenguaje divino cosas que yo sentí y pensé durante aquel paseo que no acertaría á expresar mi humilde prosa.

Porque lord Byron pasó tambien una tarde en aquellas aguas contemplando los Alpes y disponiéndose á atravesarlos...

Cerca de medio siglo ha trascurrido desde entonces, y el mundo entero repite todavía estas sublimes estrofas de *Childe-Harold* :

«...Sobre mi cabeza se elevan los Alpes, ese palacio de la naturaleza, cuyas vastas murallas corona una cornisa de hielos perdidos en las nubes...; trono sublime y frio de la eternidad, donde se forma y de donde cae la avalancha, ¡ese rayo de nieve! En torno de esas cimas se ve reunido todo lo que puede elevar el espíritu y espantarlo, como para demostrar que la tierra puede aproximarse al cielo y dejar al hombre aquí abajo, mal que le pese á su orgullo...

»El lago Léman me sonrie con su frente de cristal, espejo profundo en que las estrellas y las montañas reflejan la calma de su aspecto, sus elevadas cumbres, sus variadas tintas... La presencia del hombre se deja aún sentir aquí demasiado para que yo pueda abandonarme á la contemplacion del grande espectáculo que se ofrece ante mis ojos... Pero pronto la soledad despertará en mi alma pensamientos ocultos...

»Huir de los hombres, no es odiarlos... No todo el mundo ha de haber nacido para agitarse y trabajar con ellos...

»Yo no vivo encerrado dentro de mí mismo... Yo me identifico con todo lo que me rodea. Las altas montañas despiertan en mí cierto sentimiento... Pero el tumulto de las ciudades me sirve de suplicio. Lo único que encuentro yo odioso en el mundo es esto de ser uno á pesar suyo uno de tantos anillos de una cadena carnal; el ver que se le señala un puesto entre las criaturas de su misma especie, cuando se tiene un alma que podría volar y confundirse, no sin fruto, con los cielos, los montes, las estrellas ó las agitadas llanuras del Océano!...

»¡Limpio y tranquilo Léman! Tu lago, contrastando con el mundo tempestuoso en que siempre he vivido, me dice con su silencio que cambie las turbulentas aguas de la tierra por una fuente mas pura. La vela de esta pacífica barca es como un ala silenciosa sobre la cual puedo alejarme de la desesperacion. Hubo un tiempo en que yo amaba los mugidos del Océano furioso; pero hoy tu dulce murmullo me enternece como la voz de una hermana que me echase en cara el haber corrido demasiado tiempo detrás de sombríos placeres.

»Ya descende la noche silenciosa; y desde tus orillas hasta las montañas, todos los objetos se envuelven en el crepúsculo...»

III.

SABOYA RECIEN ANEXIONADA Á FRANCIA.—TIPOS Y COSTUMBRES.
—ARCOS TRIUNFALES.—LOS ALPES.—¡EL MONT-BLANC!—CHAMOUNIX.—DONIZETTI.—LA NOCHE Y LA NIEVE.

A la siguiente mañana, á eso de las siete, ocupábamos ya Iriarte y yo el pescante ó *banqueta* de una enorme Diligencia, que, con ser tan enorme, no habia reclutado más pasajeros que nosotros dos.

Habíamos elegido aquellos asientos, en que se va completamente al aire libre, por disfrutar desde ellos de mejores vistas.

Nosotros viajábamos *para ver*.

El dia habia amanecido frio y nebuloso; pero el mayoral nos aseguraba que saldria el sol y llevaríamos un tiempo magnífico...

En cambio, el dueño del hotel nos anunciaba que hacíamos un viaje inútil; pues los alrededores de Chamounix se hallarian intransitables, los Alpes inaccesibles, y por consiguiente, cerrados por aquella parte de Italia...

Y yo opinaba que el mayoral de la diligencia era optimista, porque su interés estaba en que hiciésemos el viaje, y que el dueño del hotel era pesimista, porque desaba retenernos en su casa.

Partimos, pues, á la buena de Dios.

La jornada habia de ser de diez y siete leguas... De ellas, la diligencia recorrería sólo once, ó sea hasta *Sallanches*. Allí nos trasladaríamos á otro coche mas ligero, acomodado á las pésimas condiciones del resto del camino.

A una legua de Ginebra, poco mas allá de *Chêne*, pasamos la frontera saboyana.

Algunos meses antes hubiérase dicho que acabábamos de entrar en Italia; pero despues de la *cesion* famosa; al atravesar aquella línea, no hacíamos sino volver á penetrar en Francia.

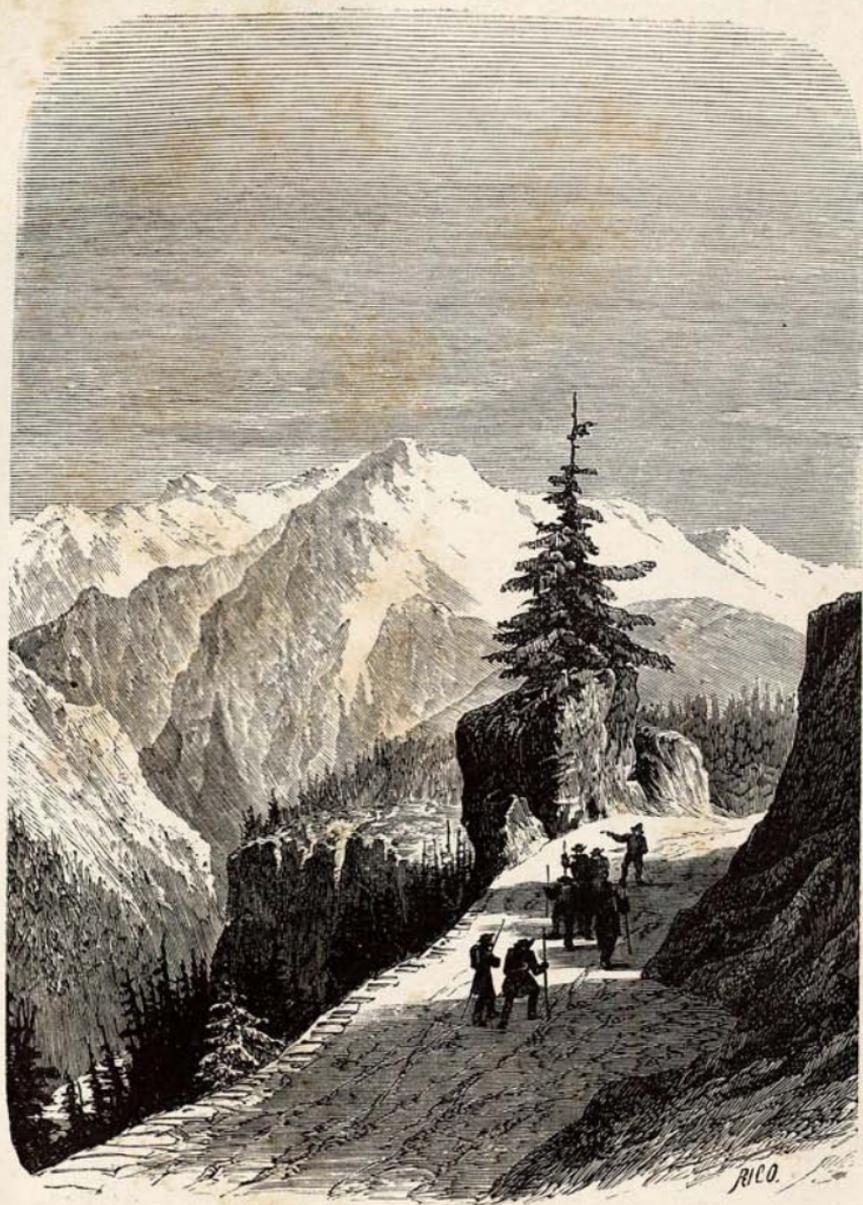
Pocos momentos despues llegamos á *Annemasse*, en donde se encontraba antes la aduana sarda.

A la sazón no habia allí aduana ninguna.—Las leyes francesas no debian regir en Saboya hasta el 1.º de enero de 1861.

Desde luego eché de ver y contristaron mi ánimo la soledad y el silencio que reinaban por todas partes, el abandono en que se hallaban los caminos y los campos, y la suma pobreza que denotaban todas las obras del hombre al lado del lujo y poderío de una naturaleza esplendorosa.

Y es que en aquella naturaleza todo era pompa y magestad; pero de ningún modo riqueza y abundancia,—asemejándose en esto á los dominios de aquellos hidalgos de las edades pasadas, que poseian un grandioso castillo, vistosos trajes y ricas armaduras; pero que carecian de un palmo de tierra que les asegurase los garbanzos cotidianos.

Sin embargo, no toda la miseria de Saboya debe atribuirse á la madre



EL MONT-BLANC, VISTO DESDE EL CAMINO DE CHAMOUNIX



tierra. También consiste muy principalmente en las vicisitudes de aquel Estado, que en lo que va de este siglo ha sido ya dos veces francés, sin haberse podido llamar nunca verdaderamente italiano, Consiste además en el olvido en que el próspero Piamonte ha tenido siempre estas montañas, cuna de su nacionalidad y de su dinastía,—que allí son una misma cosa. Consistente por último en la índole apocada de sus actuales hijos, y tal vez en la falta de grandes hacendados ó industriales, razones ambas por las que no se aprovechan en fábricas y otras industrias tantos saltos de agua y tantas primeras materias como se encuentran en aquellos salvajes montes.

A poca distancia de *Annemasse*, distinguimos á lo lejos, al pié del azulado Jura, el precioso pueblo de *Mornex*, en donde pasa el verano la gente acomodada de Ginebra.

Aquel era como el último suspiro de la vida social, del movimiento europeo, de la brillante civilización, que aún no ha penetrado en el corazón de Saboya.

En adelante sólo vimos castillos en ruinas, miseras aldeas que nos parecían deshabitadas, sendas que no pisaba nadie, prados en que no pacía ganado alguno...

Hubiérase dicho que la Saboya era una casa deshabitada, de donde había salido el antiguo morador, y en la que no había entrado todavía el nuevo inquilino.

Y para mayor melancolía, el antiguo morador se había dejado olvidada alguna *Cruz de Saboya*, ora en un porche que fue portazgo, ora en una casa que fue alcaldía, ora en el escudo de armas que adornaba la fachada de una iglesia...

En cambio, encontrábamos á veces, á la entrada de míseros pueblos, ó en los mas selváticos parajes, algunos arcos de triunfo, contruidos con ramas y flores, y adornados con banderines franceses...

Por debajo de aquellos arcos habían pasado pocas semanas antes Napoleón y Eugenia, de camino también para el Mont-Blanc.

Pero ya empezaban á caerse, deshechos por el viento y por la lluvia de los últimos temporales.—Las flores y las ramas estaban secas.—Las banderas yacían por el suelo.—Todo esto era triste como los salones en que ha habido baile, vistos á la mañana siguiente y con la luz del sol.

Al pasar nosotros bajo uno de aquellos arcos, el mayoral tarareó vagamente un canto parecido al *Ranz des Vaches* de los suizos, y parecido también, sin que esto sea ilusión mía, al canto que *Pierotto* se acompaña con la gaita en *Linda de Chamounix*.

¡El mayoral era saboyano!

No bien lo supimos trabamos con él convesacion.

Era el momento de aprender más historia y más política que enseñan los libros y los periódicos, y nosotros necesitábamos saber á qué atenernos respecto á la anexión de Saboya á Francia por medio del sufragio universal.

Contra lo que esperábamos, el auriga era partidario sincero de la anexión.

—Esto es Francia, nos dijo. Nosotros hablamos el francés; nosotros emigrábamos á Francia cuando nos iba mal en nuestro país; á nosotros no se nos ocurrió nunca emigrar á Italia. Entre Italia y Saboya se levantan estos formidables montes, colocados aquí por Dios para separar á dos pueblos; y de Saboya á Francia no hay más que un fácil paseo. Por otra parte, Victor Manuel nos tenia olvidados, y más pensaba *en lo que no era suyo*, que en lo que le encomendaron sus padres, nuestros señores. En cambio, Napoleon hará de nuestro país uno de los más ricos departamentos de la Francia. Sólo nos duele que nuestros hijos hayan de servir como soldados en una nación cuyo gobierno es despótico. ¡Oh! nosotros preferiríamos verlos alistados en el ejército de la libre Italia! Pero ¡cómo ha de ser! No se pueden reunir todos los bienes en una hora.

Estas complicadas palabras del pobre mayoral despertaron muchas ideas en mi mente.—Primero me recordaron á aquellos despreciados saboyanos, especie de gallegos de París, que se emplean en limpiar chimeneas, en vender libros á domicilio y en hacer comisiones á medio franco la carrera. Luego pensé en su fama universal de honrados, de amantes de su país, de humildes y fieles servidores. En seguida consideré que aquella desgraciada raza era el degenerado resto de los terribles montañeses que, acaudillados por sus condes ó por sus duques, desde Humberto *el de las manos blancas*, fundador de la dinastía piemontesa, hasta Emmanuel Filiberto de Saboya, el vencedor de San Quintín, batieron á los franceses en muchas ocasiones, conquistaron ciudades y reinos, y eternizaron su nombre en la historia. Y me complací, por último, en recordar que el suelo que recorriamos en aquel momento habia pertenecido á España, como tantos otros que debíamos recorrer, y que aquel Emmanuel Filiberto y aquellos soldados suyos tan famosos sirvieron á las órdenes de Carlos V y de Felipe II, cuya dominación prefirieron siempre á la de los reyes de Francia... (ideas todas que me guardé muy bien de comunicar á mi querido amigo Iriarte.)

A todo esto, la diligencia avanzaba y el país se embellecía cada vez más.

En el fondo de la sucesión de valles por dónde serpentea el camino, se levantaba ya una imponente montaña, como primera avanzada de los Alpes.

Era la *Pirámide de Mole*,—que se eleva 5.745 pies sobre el nivel del mar.

El sol habia roto la niebla. La soledad empezaba á gemir con la melancólica voz de las aguas, y de allá muy lejos llegaban unos sordos y profundos rumores, que todavía hubieran podido confundirse con los bramidos del viento encerrado entre montañas, si la atmósfera no hubiese estado inmóvil y como estática ante la hermosura del astro rey...

Aquellos solemnes y lejanos ruidos provenian de las cascadas, de las

abalanchas ó desprendimientos de nieves, y de *otra cosa* que no tardó en salirnos al encuentro.

¡Oh misterio de los montes!—Estábamos á pocas leguas de animadas, florecientes y bulliciosas capitales, y nos parecia hallarnos á mil leguas del mundo; quiero decir, del siglo, del movimiento humano, de la Europa civilizada...

Llegamos á *Contamina*.—En esta aldea, como en las demás que ya habíamos atravesado, casi toda la poblacion se componia (singular contraste!) de pastores y relojeros.

Y allí, como en todas partes, la gente, áun la más acomodada, se quitaba el sombrero al ver pasar la diligencia y nos saludaba con gravedad.

Pero si el que saludaba era pobre, y casi todos lo eran, alargaba hácia nosotros el sombrero que se quitaba, pidiéndonos limosna con una mirada trístisima, un humilde ademan, ó una fúnebre sonrisa.

Y no creais que esta limosna la pedian solamente mendigos que vagaban por las calles...

Familias enteras, agrupadas en la puerta de sus casas, tendian las manos á un mismo tiempo, murmurando no sé que oracion.—Los que se hallaban á la ventana, pedian desde la ventana.—Yo recordaré siempre que un niño dejó el pecho de su madre, y extendió hácia nosotros su manecita, en que no cabia una moneda.—Las jóvenes, que volvian de la fuente, dejaban el cántaro en tierra y hacian la misma demanda. ¡—Todo el mundo pedia!

Pero nadie instaba. Hubiérase dicho que cumplieran una promesa, hacian una mera manifestacion de su estado, ú obedecian fatalmente la ley de su destino.

Hacia calor. La carretera habia entrado en un fértil valle muy estrecho, que sólo visita el sol durante cuatro ó cinco horas diarias, y por medio del cual corre el *Arbe*, impetuoso rio, cuyas tremendas inundaciones han sido siempre el azote de la comarca.

Asi caminamos hasta *Bonneville*, capital de provincia, sentada al pié de otro gigante, que no excede sin embargo en altura á la *Pirámide de Mole*.

Nosotros entramos en la ciudad por un hermoso puente construido sobre el *Arbe*, cerca de una alta columna, levantada en honor de Cárlos Félix de Cerdeña y coronada por su estatua.

Este monumento atestigua la gratitud de los habitantes del valle á aquel grande y memorable rey, por las magníficas obras que construyó para preservar á *Bonneville* de las inundaciones del *Arbe*.

Aquí ya empezó á llamar nuestra atencion un raro fenómeno á que debíamos acostumbrarnos por último.—Hablo del *goitre* ó gran papera que afea á mucha parte de los habitantes del centro de Saboya. Dicese que esta superabundancia de papada proviene de beber un agua que no es sino nieve recién derretida: ello es que abunda más en las mujeres que en los hombres, y contribuye á infundir en el ánimo del viajero una honda

conmiseracion hácia los hijos de aquella helada tierra; conmiseracion que sube de punto cuando se conoce á los *cretinos* del *Valais*, de que ya hablabamos.

Entre tanto el país llegaba á un inconcebible grado de hermosura. El pino especial de aquellos montes empezaba á bordar el gracioso abanico de sus ramas horizontales sobre las laderas tapizadas de nieve. Las cascadas, cada vez más caudalosas, se desprendian de los flancos de las peñas, velando el sol con sus nítidos encajes, lo que producía una y cien veces el *arco-iris*,—rutilante pluma de colores, enredada en la blanca pluma de las aguas gallardamente suspendida en el aire. Los verdes prados, en fin, estaban como *esmaltados* de rubias vacas, que pacían á la sombra de oscuros árboles frutales y á la márgen de cristalinos arroyos, componiendo cuadros tan hermosos é inocentes, que parecían el verdadero original copiado por la musa bucólica de todos los tiempos, desde Ruth hasta Theócrito, desde Virgilio hasta Garcilaso.

Mas allá de *Balme*, donde media el camino, nos sorprendió extraordinariamente ver dos cañones á la puerta de una casa rústica.—Hallábanse montados sobre sus cureñas y como amenazando al que llegase.

—¿Qué significa eso? preguntamos al conductor.

—Esos cañones, dijo este, son de un pobre hombre que se gana la vida con ellos.

—¡Dios de Israel! ¿Y de qué modo?

—Es muy sencillo. Las montañas que cercan este paraje producen unos largos y repetidos ecos que los viajeros gustan de oír. Si ustedes quieren, pueden pagar algunos cañonazos, á medio franco cada uno, y juzgarán por sí mismos si la cosa tiene verdadero mérito.

—Pues que dispare en seguida, si no han de espantarse los caballos.

—Descuiden ustedes. Están acostumbrados.

Entonces apareció un campesino, que maldito el aire que tenía de artillero, y puso fuego á una pieza.

La detonacion fue espantosa; y como si ella hubiese dado la señal de una batalla, siguiéronla otras muchas, que resonaban á lo lejos simultáneamente, atronando los montes, prolongándose de eco en eco y volviendo á arrescír cuando parecía que iban á extinguirse, hasta que por último se fueron apagando en la distancia al modo de una tempestad que se aleja.

Lo menos cinco minutos duraría el estruendo del primer cañonazo.

Mandamos disparar el otro, y partimos. Aquello era maravilloso. Hubiérase dicho que los Alpes estaban ocupados por un ejército que hacia jugar en aquel instante toda su artillería.—Iriarte y yo creíamos encontrarnos otra vez en Sierra-Bullones, en medio de uno de aquellos combates que tan caros costaban á los marroquíes.—La ilusion era completa.

Poco despues de *Maylind*, y en una estrecha garganta formada por altísimos peñascos verticales, nos esperaba otra sorpresa; y era un río ¡todo un río! que brotaba por la hendidura de una roca, como si Moisés la hubiese tocado con su milagrosa vara. El sabio *Saussure*, que conocía

los Alpes como nadie, opina que este rio es una filtracion del lago de *Flaine*, que se encuentra allá en la altura, á cuatro mil cuatrocientos piés sobre el nivel del mar, como si un genio lo hubiera subido allí para mirarse á solas en sus ignoradas aguas.

No lejos de este prodigio, se alcanza á ver la famosa cascada de *Arpenaz*.

En ella, como en otras que ya habíamos encontrado, advertí que el caudal de agua que se desprende de lo alto no llega ni con mucho al suelo, sino que se deshace en el camino, convirtiéndose en una especie de tamo ó niebla, que humedece luégo una gran superficie del valle, y forma en él mil y mil endebles arroyos, que poco á poco van amasando de nuevo el mismo potente rio que se habia desvanecido en la atmósfera...

Supongo que nadie ignorará la razon fisica que determina este fenómeno, y por consiguiente no la explico. Pero como la imaginacion no entiende de semejantes razones, resulta que no puede uno ver sin asombro y pasmo aquel agua colgada, aquella gran estalactita líquida, aquella corriente furiosa que se precipita bramando desde lo alto de una peña, y que enmudece en el espacio y se trueca al fin en silencioso rocío, que ni siquiera tiene fuerza para doblar una espadaña.

Pero los Alpes crecen.—Ya distinguimos cumbres de ocho mil cuatrocientos treinta y cinco piés de altura.

Son las *Agujas de Varens*.

Las escarpadas puntas que forman sus cúspides, brillan al sol como plateados capiteles.

Pasa una hora. Los montes se apartan, abriendo un nuevo valle, por en medio del cual se enseorea un rio.—Todavía es el *Arbe*.—¡Y todavía se ven en torno suyo indelebles vestigios de sus estragos!

En medio de este valle se encuentra la aldea de *San Martin*.

Antes de llegar á ella, el conductor nos indica con un ademan que miremos al lado izquierdo...

Por la abertura que dejan dos montañas cubiertas de negro bosque, se alcanza á ver una lejana cima de una blancura deslumbradora...

Vosotros la conocéis ya.—Ayer la vimos desde el Lago Ginebra, y hace mes y medio desde Macon...

Es el *Mont-Blanc*!

Aún distamos de él siete leguas. Pero no nos impacientemos. Ya es seguro que esta misma noche dormiremos al pié del gran coloso.—Segun nos afirman en las casas de posta, el *Valle de Chamounix* ha vuelto á estar transitable.

Al salir de *San Martin* perdimos de vista aquella redonda cumbre, que era como el polo de nuestro viaje, y ya no la volvimos á percibir hasta que llegamos á *Sallanches*.

Allí se la veía tan distintamente, que parecía tocarse con la mano; y, sin embargo, distaba cuatro leguas en línea recta, y seis, contando las revueltas del camino.

En *Sallanches* dejamos la diligencia y entramos en una especie de cabriolé tirado por dos caballos.

Ibamos á empezar á subir.

En aquel momento nos hallábamos á 1861 pies sobre el nivel del mar.—En once leguas sólo habíamos subido 700 pies. Casi todos los viajeros suelen comer en *Sallanches*; pero nosotros preferimos dejarlo para *Chamounix*.—Llevábamos algun retraso, y no queríamos que nos anocheciera antes de subir al alcázar de las montañas.

Marchamos, pues.

El pais en que entramos juégo conservaba las huellas de atroces terremotos.

A la derecha dejamos los renombrados baños de *San Gervais*, en que siempre hay por este tiempo algunas familias españolas.—Estos baños están escondidos en el seno de un monte sumamente feraz y pintoresco, y son, al decir de los que los conocen, uno de los parajes mas deliciosos del mundo.

A poco de pasar por en frente de ellos, nuestro viaje empezó á ser una penosa ascension por escabrosas y retorcidas cuestas.

Habia llegado el momento del asalto. Teníamos que subir otros 1.500 piés para llegar al valle de *Chamounix*, que, con estar tan alto, no es sino el pedestal del Rey de los Montes.

En *Servoz* nos vimos obligados á echar pié á tierra; pues los caballos no adelantaban casi nada.—El suelo empezaba á estar helado.

El cochero, que habia previsto todas estas contingencias, nos proveyó de unos recios bastones terminados en agudas puntas de hierro.

El camino flanqueaba un monte cubierto de pinos, que á veces formaban una bóveda sobre nuestra cabeza. Este monte se levantaba á nuestra izquierda casi verticalmente; y á nuestra derecha, por el contrario, abríase un hondo abismo en que rugían torrentes y cascadas.

Todo era ya aterrador en aquella monstruosa naturaleza; y cual si se hubiese querido advertir al viajero los riesgos que podia correr más adelante, véase sobre el camino un sencillo monumento, erigido al poeta *Eschen*, que murió en 1801 al tratar de subir á una de las vecinas eminencias.

Las cumbres que nosotros salvábamos en aquel instante se llaman *les Montets*, y eran ya el último obstáculo que se levantaba entre nosotros y el *Mont-Blanc*.

Mucho tiempo hacía que reinaba la noche en los hondos valles, y en el camino que nosotros seguíamos empezaba tambien á oscurecer; pero el sol doraba todavía las blancas cimas que asomaban á lo lejos...

La tarde era tranquila, solemne, magestuosa. Nosotros andábamos en

silencio, escuchando absortos los augustos rumores de aquella soledad sublime. La cuesta se presentaba cada vez mas áspera...

Finalmente, despues de mucho bajar y subir, y de subir siempre mucho más que bajábamos, llegamos á una alta cima; hizo el camino una revuelta, y lanzamos un grito de asombro...

El valle de Chamounix acababa de aparecer ante nuestra vista: el *Mont-Blanc* se levantaba sobre nuestra frente: la cordillera nos rodeaba: la nieve nos desvanecía.

.....
En el valle era de noche.—¡Todo, pues, yacia en las tinieblas..., menos los helados titanes!

La luz del sol, que ya no veia nadie en Europa, circundaba las sien- nes del viejo rey con un turbante de rosa y oro. Su blanca túnica res- plandecia como el cristal, ofreciendo á la vista un desierto de nieves que empezaba en el valle y terminaba mas allá de las nubes... Las nubes ceñian su cintura, sin lograr alzarse nunca hasta su frente, que se erguia desdeñosa sobre las tempestades de la tierra...

Pronto fue tambien de noche en el cielo. La tierra y el espacio ha- bían desaparecido en la oscuridad...—¡Y aún se percibian claros y dis- tintos, en medio de las tinieblas, aquellos colosales fantasmas, aquellos blancos espectros, que absorbían toda la claridad de las estrellas y del agonizante crepúsculo, cual si brillasen con no sé qué luz propia.

.....
Lo cierto es que habíamos llegado un poco tarde al valle de *Chamou- nix*; pero tambien es verdad que nos alegramos mucho de ello; pues ninguna impresion más grande ni más fantástica podia producir el *Mont- Blanc*, que la que causaba en medio de la noche...

—Tiempo tendremos mañana (dijimos), desde que salga el sol hasta que se ponga, para ver en su realidad esas cumbres y admirar de cerca los *glaciers* la *Mar de Hielo* y todo lo demás que encierra este valle.

Y como el cabriolé acabase en aquel momento de subir la cuesta, y hacia un frio que nos penetraba hasta los huesos, montamos en seguida, y continuamos hácia *Chamounix*.

Media hora despues estábamos en la patria de *Linda*.

Chamounix es una misera aldea, compuesta de pobrísimas casas, en medio de las cusles se levantan cinco ó seis *palacios*, que contrastan vivamente con el resto de la poblacion.

Estos *palacios* son *hoteles* de primer órden, de cinco ó seis pisos cada uno, donde se encuentran todas las comodidades de la vida moderna, ó sea todo el *confort* que pudiera brindar un hotel de Londres ó de París.

Nuestra llegada al Lugar fue un acontecimiento.

—¡Ingleses! ¡Ingleses! empezaron á gritar los chiquillos.

Y todas las puertas y ventanas de las casas rústicas se cuajaron de cabezas curiosas...

¡Ah! *Chamounix* no tiene más riqueza que el *Mont-Blanc*, ni otra industria que exhibirlo á los *ingleses*. En cuanto á la denominacion de *ingleses*, comprende á todos los humanos que viajan por placer, aunque sean patagones ó kalmukos.

Los habitantes de *Chamounix* pasan el invierno labrando baratijas de madera, haciendo bastones como los que nosotros habíamos adquirido, engordando vacas, echando pienso á los mulos y esperando á que llegue el verano.

No bien llega el verano, *Chamounix* se llena de *ingleses*, y todos los habitantes del valle se convierten en *guias*, y todos los mulos hallan quien los alquile para subir á los montes, y las vacas dan leche y queso, y sus tiernas hijas se truecan en chuletas ó *beeftack*, y todas las manufacturas del invierno encuentran salida, y el oro *inglés* cae como el maná sobre la comarca...

En el *Hotel Real de la Union*, (único que ya quedaba abierto) nos recibieron con tanto agasajo y tan profundas cortesías, que temblamos por nuestra bolsa. Pero tambien es verdad que nunca nos hubiera sido tan grato dar un reino que tuviéramos, por un techo, una chimenea, una cama, un pedazo de pan y un vaso de vino, como en aquel momento en que no sabíamos qué nos agoviaba más, si el hambre ó el cansancio, si el frio ó la gana de dormir.—Poco tiempo despues nos convencimos de que los que más teníamos era hambre

Conque hagamos alto por ahora en nuestra relacion, y dejemos hablar á los apuntes de mi *libro de memorias*, escritos con lapiz en los mismos sitios y en los mismos instantes á que hacen referencia.—Esto no podrá menos de prestar á veces mayor interés y movimiento á la presente obra.

Mi cartera de viaje dice así:

.....
Chamounix.—Hôtel royal de l' Union.—16 de octubre de 1860.

Hémos en el *Mont-Blanc*, en la patria de la nieve, en el imperial alcazar del invierno.

La música de *Linda* resuena sin cesar en el fondo de mi alma.—*Chamounix* y *Donizetti* son dos nombres que no pueden separarse.

Quizás en este mismo instante (son las nueve de la noche) mis amigos de Madrid ven pintados estos sitios en los telones del teatro Real, y oyen las tiernas y graciosas melodías del sublime loco de Bérnago, en las cuales se encierra toda la inocente poesía de los Alpes y de la afectuosa raza que vive en ellos.

¡Donizetti!—Este nombre me lleva mucho más lejos. Llévame á Sierra-Nevada, á aquellos Alpes de Andalucía, donde pasé mi niñez, viendo á todas horas las nieves del *Mulhacen* y del *Veleta* perdidas en el azul del espacio; y donde arrullaron mi cuna los cantos de *Lucia*, de *Linda* y del

Furioso, haciéndome soñar todo lo que despues me ha sucedido,—sin ex-
ceptuar este viaje.

Pero ¿qué es mi pobre *Mulhaden* comparado con el *Mont-Blanc*?—
Colocad sobre la cúspide de *Sierra-Nevada* otra sierra de 4,900 piés de
elevacion, y tendreis la cumbre del *Monte-Blanco*.

Lo que sí es verdaderamente delicioso es encontrarse, como yo me
encuentro, en una abrigada habitacion, al amor de una cariñosa chimenea,
en frente de una humeante y regalada mesa en que no falta el confort-
tante mosto, á la vista de una mullida cama, y al lado de una escogida
biblioteca, y pensar al mismo tiempo en el frio que hará en este instante
fuera del hotel, en lo próximos que se hallan los ventisqueros y las neve-
ras, en el penoso camino que hemos traído para llegar hasta aquí, y en
que por esa ventana se ve el *Mont-Blanc* desde su base hasta su cima.

¡Comprendo perfectamente que un hombre disgustado del mundo ó
afligido por una profunda pena, se pasase todo un invierno en esta sole-
dad, sin otro espectáculo que la nieve, fatigando su cuerpo durante el
dia por esas heladas cumbres y viniendo á descansar á la noche en esta
abrigada habitacion, donde tantas y tan buenas cosas podrían pensarse y
escribirse!

Mas escuchemos...

Una larga detonacion, semejante á la de un trueno próximo, retumba
sobre nuestras cabezas...

Es un alud que se desprende de lo alto, aumentando de volúmen en
su camino, ó partiéndose en mil fragmentos, que vuelven á engrosarse y
á dividirse...

¿En dónde caerá la *avalancha*?—¡Ay de la cabaña, ay del puente, ay
de los árboles que encuentren á su paso las colosales bolas de nieve!

Sirvan empero de garantía á nuestra tranquilidad los muchos años que
llevan de existencia estos hoteles, sin que niugun alud haya caído sobre
ellos, y durmamos confiadamente...

¿Por qué no? ¡Seguridades tan relativas como estas, nos hacen espe-
rar todas las noches que despertaremos al otro dia!

La vida es siempre un combate, y la esperanza una temeridad...

.....
Pero, antes de acostarnos, dirijamos por última vez una mirada, al
través de esos cristales, al bárbaro coloso que reina sobre toda Europa.

¡Hélo allí!—Ese titan no duerme nunca. Para él no llega jamás la
noche.

Hélo allí coronado de su plácida aureola, vestido de su propia luz,
resplandeciente y cándido en medio de las tinieblas, como las apariciones
luminosas de los místicos.

¡Hélo allí inmóvil, silencioso, eterno!..

Verdaderamente, yo concibo todavía pudiera ser un poco mas alto.—
La cumbre del Himalaya, sin ir á otro planeta, mide 28,000 piés de eleva-
cion; es decir, casi doble estatura que el *Mont-Blanc*...—Y aun el mismo

Himalaya pudiera tener algunos metros más.—Y aunque llegase á las estrellas fijas, cualquiera podria sin grande esfuerzo imaginarlo un poco mayor...

Pero yo no debia revelar al público estos secretos, ni disminuir con tales reflexiones la importancia de mi viaje.

Dice bien el refran: el que mucho habla, mucho yerra.

IV.

FISIOLOGIA DEL MULO, DEL JUMENTO Y DEL CABALLO.—LA MAR DE HIELO.—AVALANCHAS.—EL ALBUM DE LA FLECHERE.—PUESTA DEL SOL.

Chamounix, 17 octubre.

Han pasado algunas horas de sueño, durante las cuales mi alma ha viajado por donde mejor le ha parecido, á la manera de un criado que aprovecha las horas en que su amo se halla de paseo, para entregarse libremente á sus asuntos particulares.—¡ Vaya un símil!

Las gallinas cacarean á la puerta del hotel. Es cosa de levantase. El reloj marca las seis.

Abro la ventana... ¡Oh qué dia tan magnífico!—El sol argenta, ó por mejor decir, bruñe la cumbre del *Mont-Blanc*. El cielo está limpio y azul como en un dia de primavera en Granada. Los Alpes recortan el horizonte con su nevada silueta, tan pura, tan perceptible, tan precisa en sus contornos, como si fuera una incrustacion de plata que bordase el ancho pabellon del firmamento... ¡Qué inmaculada nitidez, qué limpieza, qué virginidad en ese panorama!—Se diria que es un mundo recién salido de las manos del Criador, y que ni mirada de hombre ni vuelo de ave ha profanado todavía el sublime misterio de sus horas.

En esto llaman á nuestra puerta.—Son los *guías* que vienen á ofrecerse.

Nuestro plan está formado.—Destinaremos la mañana á la *Mar de Hielo*: á las doce vendremos á almorzar al hotel; y á la tarde subiremos á la *Flechere*, desde donde contemplaremos toda la magnificencia del *Mont-Blanc*.

Son dos viajes en mulo, que suman diez leguas de bajadas y subidas por entre hielos y nieves...—¡Valor!

El ajuste está hecho...—Casi un ojo de la cara...

Llevaremos dos mulos y tres guías; zapatos herrados, y los bastones consabidos.

Cosa de merienda no hace falta; pues, al decir de esta gente, ya encontraremos por entre esas neveras alguna choza en que nos den un vaso de mosto y un pedazo de queso con que espantar el frio.—Por lo demás, nosotros nos hemos desayunado medianamente...

Con que hénos ya caballeros en los mulos.—Así atravesamos el pueblo, cuyos moradores empiezan á discurrir por las calles tapizadas de hielo y escarcha, y nos dicen *buen viaje* con la mayor cortesía.

Entre las rollizas muchachotas que se asoman á las puertas, hay algunas tan blancas y tan rosadas como una aurora en la nieve; pero no encuentro por ninguna parte á *Linda*, ni cosa que se le parezca...—Bien es cierto que debe de haber envejecido.

A poca distancia de nuestro hotel, pasamos un rio por un puente de madera.

Este rio es todavía el *Arbe*... Pero no ya aquel Arbe potente y devastador que conocimos ayer, sino un riachuelo alegre, inofensivo y bullicioso como un Sardanápalo en mantillas.

Luégo atravesamos unas estensas praderas y llegamos al pié del *Montavert*, formidable mole de seis mil piés de elevacion, á cuya cumbre nos proponemos llegar, para caer desde allí en la Mar de Hielo.

La ascension al principio no es penosa, pero sí arriesgada, en atencion á que ha nevado ultimamente, y á que hoy el sol ha de calentar bastante, lo que podrá dar por resultado que haya desprendimientos ó aludes;—¡y este es precisamente el camino que siguen muchos de ellos!

Reparad, si no, en estos colosales abetos que nos cercan, y encontrareis muchos tronchados como débiles cañas... Reparad en esas peñas removidas de sus antiguos cimientos... Reparad en aquellas calles abiertas entre los bosques de pinos...—Pues todo eso lo han hecho las *avalanchas*, procedentes de la altísima *Aguja de Charmoz*.

La senda se va haciendo cada vez más angosta y escarpada. El mulo encuentra apenas una estrecha y sinuosa cornisa en que sentar los pies. Ya no falta nunca un hondo precipicio á nuestra izquierda.... Si al pobre animal se le fuera un pie, ó si cediese cualquier pedrusco de los que elige para apoyarse, nuestra humanidad hecha pedazos aumentaría el largo catálogo de los viajeros que han pagado con su vida el amor á los grandes panoramas.—Y hay tanto mas motivo para pensar en esto, cuanto que los guías nos han dicho ya «que los que se dedican á su oficio acaban casi siempre por ser víctimas de él.»

—¿Ve usted aquel pico? nos indicó uno. Pues allí murió mi padre acompañando á unos ingleses. Se le fué un pie en el hielo... y... como si no hubiera nacido nunca!

—A mi hermano lo aplastó una avalancha, añadió otro.

—Yo me he caído ya una vez, dijo el tercero; y mi fortuna fue que la nieve era reciente y no se habia helado... De lo contrario, no lo contaría ahora fumándome esta pipa.

Y entre tanto, los mulos se portaban como tales: quiero decir, que procuraban ir siempre por el sitio mas peligroso, arrimados á los mismos bordes de los despeñaderos, y desatendiendo tercamente toda insinuacion juiciosa, por cariñosamente que se les hiciera.

¡Ah! los mulos son iguales en todos los países, y yo los aborezco con todas las fuerzas de mi alma.

Para mí el mulo es inferior al burro, y mucho más burro que él, pues es un burro con pretensiones de caballo.

Yo amo al burro... ¿Y cómo no he de amarle?—Su modestia, su mansedumbre, su resignación, su docilidad me lo recomiendan como á un ser bueno, pero desgraciado: que conoce su ineptitud y se conforma con ella; que no es presumido, ni ambicioso, ni aspira á dominar á nadie; que se somete, en fin, á la humilde condición de su destino.

Y yo amo al caballo; yo lo admiro; yo lo respeto; yo le tolero su soberbia, su jactancia, su osadía, tan propias de su esquisita naturaleza, de su hermosura, de su ardor guerrero, de su generoso instinto, de su noble *caballerosidad*...

¡Pero el mulo!... El mulo me irrita. El mulo no es grande ni por la bondad ni por el genio; no sirve para mandar ni para ser mandado; es inútil y díscolo, improductivo y vanidoso, estúpido y rebelde, incapaz y temerario...

Y lo mismo acontece en la especie bípeda-implume.—También consta de tres familias. También hay en ella hombres-burros, hombres-mulos y hombres-caballos.

De estas tres familias, yo preferiré siempre la de los hombres-burros, y la amaré con la infinita ternura. Asimismo toleraré y respetaré al hombre-caballo... ¡Pero libreme Dios del hombre-mulo, del tonto con pretensiones, del necio cuya necedad empieza por no conocerse á sí misma, del sandio ingobernable, del burro disfrazado de caballo!

Y dejemos esto, no sea que mi cabalgadura se entere de lo que voy pensando, y me tire por las orejas.

Poco agradable sería; pues nos hallamos á una altura fabulosa, y el abismo sigue abierto siempre bajo nuestros piés.

Ya hemos pasado por *Caillet*, en otro tiempo cubierto de árboles, que los aludes han arrastrado en su caída...

Hace bastante frío y principia á soplar un fuerte viento, no obstante la serenidad de la mañana.

Este viento no se sentirá allá en el valle, de cuyas chimeneas vemos alzarse el humo muy sosegadamente.

¡Ah! el valle parece desde aquí un juguete de niños. El río, las cabañas, la antigua abadía, los vastos hoteles, los prados y las colinas que los cercan, forman un paisaje cuyo tamaño no excede aparentemente del de la vitela de un abanico,

Ya caminamos sobre densas nieves. Ya terminó toda vegetación. Vamos tocando á la cima del *Montanvert*.—El *Mont-Blanc* queda oculto á nuestra espalda.—*La Mar de Hielo* va á presentarse ante nuestra vista...

¡Alto!—Hemos llegado...

La emoción no puede estar dispuesta con mejor arte.—La áspera sen-

da termina á la puerta de una especie de ventorrillo edificado sobre el borde mismo del monte.

Entremos, y desde sus ventanas contemplaremos á vista de pájaro todo el *glacier*...—que en español se traduce *ventisquero*, á pesar de que «ventisquero» es otra cosa muy diferente...

Y si no, veamos qué es un *glacier*...

¡Oh!... ¡qué asombro! —Asomaos... Mirad...

Su nombre lo dice... ¡Esta es una *Mar de Hielo*!—Pero una mar en cólera, petrificada en el momento del combate.—Desde aquí no se ve más que hielo y nieve: blancas montañas en torno nuestro: rocas de cristal por todas partes; agujas de plata que penetran en las altas regiones de la atmósfera; y, por en medio de una y otra mole, torrentes de alabastro bajando á abastecer este piélago mudo, inmóvil, aterrador como la muerte.—Y este mar, este inmenso río, que se pierde de vista allá á lo lejos, á dos leguas de nosotros, está como volcado en un violento declive; está colgado, por decirlo así; parece que se despeña, á la manera de poderosa catarata, amenazando sumergir valles y montes; y así baja, y así llega á un punto dado; y allí se detiene; allí termina de pronto, como si la clemencia de Dios le hubiera dicho ¡*párate!*, ó como si él, condolido de los estragos que iba á causar, hubiese refrenado su propia ira...—Por eso digo que se petrificó en el momento del combate.

Y lo mismo se puede asegurar de todas las cosas que nos rodean.—El rizado oleaje de la superficie de la *Mar de Hielo*; las amplias ondas que simula este hielo al arrastrarse por las vertientes de los montes; la violenta actitud de los témpanos supendidos en las alturas; la animada disposición de las masas y sus menores accidentes; todo da idea del movimiento, todo revela que aquí hubo un período de acción, todo recuerda una pasada vida, como el gesto permanente de un cadáver traduce el último pensamiento del espíritu que huyó de él.—Diríase que en algun tiempo esta mar ha sido líquida; esos torrentes han fluido; esos montes han palpitado; esta soledad amortajada ha tenido voz y aromas, vida y actividad; y que repentinamente, en un súbito momento, el invierno asomó por encima de las sierras su cabeza de Medusa, conjelando, cristalizando, petrificando esta naturaleza.—La *Mar de Hielo*, en fin (y aquí terminan por ahora las metáforas), parece un mundo muerto, un planeta tallado en mármol, la estatua sepulcral de nuestro globo, ó la haz funeraria de la luna, tal como la hallamos en remotísima apariencia...

Con que digamos ahora en puridad lo que es la *Mar de Hielo* y lo que son todos los *glaciers* del mundo, aunque para ello tenga yo que valerme del mismo que me lo ha explicado, ó sea del célebre viajero suizo *K. Bædeker*.

«En las altas regiones de los Alpes (dice); al principio de las nieves eternas (1), nieva siempre en vez de llover. Esta nieve, que cae en for-

(1) Los Alpes, considerados bajo el punto de vista de su elevacion, se dividen en *Altos*

ma de granizo, se amontona en los barrancos, donde el aire y el sol ablandan algo su superficie, y forman de ella una capa compacta, que se hiela á la noche y se ve pronto cubierta por otra nueva capa de nieve. Asi se va componiendo una masa densa de hielo, purísima en su interior y azulada por la parte afuera, la cual no es otra cosa que el *glacier* característico de los Alpes.

» Los *glaciers* primarios son largas masas de hielo, semejantes á un rio helado, que se extienden á lo largo de los valles, con una lijera inclinacion, y que llegan á medir algunas veces 1,000 y 1,500 piés de espesor ó profundidad!—La inclinacion de los secundarios es mayor, el hielo menos duro, su estension no tan grande, y están como colgados de los flancos de las montañas.

» Más arriba aún, pasando de los 10,000 piés, la accion del sol y del aire sobre la superficie del *glacier* es ya tan insignificante que no logra cambiar la forma de la nieve ni ablandarla para que despues se convierta en hielo. Esta nieve suelta, ó no condensada, que se encuentra á la cabeza del *glacier*, se llama *névé* (palabra que no tiene equivalente en español, á causa de que en España no hay alturas que excedan de 10,000 piés).—Ahora bien: cuando la nieve del *névé* (al cual no hay que confundir tampoco con nuestros ventisqueros) llega á la region del hielo, que, como hemos dicho, se halla mucho mas abajo, su capa superior se derrite bajo la influencia del sol, y el agua que resulta penetra las capas inferiores: á la noche se hiela todo, y queda formado el *glacier*.—El *glacier*, por consiguiente, es una prolongacion del *névé*.

» Pero como las nieves y el hielo se renuevan constantemente, sin que el *glacier* crezca por esto, hácese necesario que el aumento se compense con alguna disminucion. Y asi es. En primer lugar, el sol y el aire, obrando sobre la superficie del *glacier*, producen una gran evaporacion; y por otro lado, el derretimiento continuo de sus capas inferiores produce un arroyo y hasta un rio, que corre siempre por debajo de todo *glacier*.—La *Mar de Hielo*, sin ir mas lejos, da origen al rio *Arveiron*, que veremos al bajar.

» Tambien consta de una manera indudable que los *glaciers* están en continua actividad, y que, obedeciendo á una presion de arriba, avanzan lentamente sobre los valles.

—» Pero esto no quiere decir que se acerquen á ellos cada vez más; pues al llegar al límite marcado por la temperatura, se derrite la masa de hielo. Lo que esto quiere decir es que el hielo, la nieve ó los peñascos en ellos caidos, que se encontraban en un tiempo dado á la cabeza del *glacier*, caminan poco á poco hasta tocar á su término inferior.

» Nada menos que en doscientos años se calcula el tiempo que em-

Alpes, Alpes medios y Alpes bajos.—Llámanse *Alpes altos* á los que exceden de 8,000 piés, punto en que la nieve no se derrite ya nunca hácia las vertientes septentrionales: (en las vertientes del Sur las nieves *eternas* no se encuentran sino 800 piés mas arriba).—*Alpes medios* son las cumbres que se hallan entre los 8,000 y los 4,500, en que los árboles dejan de crecer.—*Alpes bajos* son los comprendidos entre 4,500 y 2,000 piés de elevacion.

La altura del Mont-Blanc es de 14,800 piés.

plearía en recorrer toda la *Mar de Hielo* una piedra colocada en su parte más eminente.

»La superficie de los *glaciers* no es tersa, sino, por el contrario, muy escabrosa y accidentada.

»Primeramente, hállanse en ellos las llamadas *mesas*, que son grandes losas apoyadas sobre un pie de hielo, presentando toda la forma de un velador.

»Este curioso fenómeno se explica perfectamente. De los flancos de las montañas cae sobre el *glacier* una piedra estensa y delgada: el sol derrite con el tiempo la nieve alrededor de aquella losa, pero no la nieve que hay debajo de ella, y á la cual sirve como de sombrilla: y al cabo de algunos meses, la piedra queda en el aire, tendida sobre un pilar de hielo, que adelgaza continuamente hasta que se rompe, y que entre tanto marca el alto nivel á que llegó la nevada en tal ó cual invierno.

»Otra rareza de la superficie de los *glaciers*, es lo que se llama un *embudo*, el cual es un agujero de la forma que indica su nombre. Estos agujeros, que á veces horadan todo el *glacier* y llegan á comunicarse con el río que corre por su lecho, provienen de haber caído sobre aquel un ave muerta, un objeto de metal, ó una piedra de poco asiento, cuyos objetos, calentados por el sol, derriten la nieve que tienen debajo.—Es la razón contraria á la que explica la existencia de las *mesas*.—Siempre que hay derretimientos, el agua se filtra por estos embudos, y naturalmente, va fundiendo á su paso un hielo secular á que no hubiera llegado nunca la acción del sol.

»Por la inversa: cuando la corriente lenta del *glacier* se ve obligada á pasar sobre un terreno escarpado, la masa cristalina se rompe en mil fragmentos, sobre los que obran después el sol y el aire, las nuevas nevadas y los trastornos que ocasionan los vientos.—De este modo se producen las graciosas agujas de hielo, las pirámides y todas las demás caprichosas figuras que sorprenden al observador.

»Réstanos hablar de las *crevasses* (grietas) que se encuentran á cada paso en los *glaciers*, y que son otros tantos abismos que han costado la vida á muchos viajeros. Durante el invierno, las grietas se cierran, pero en falso, ó sea superficialmente; y á la primavera vuelven á abrirse con espantoso estrépito. También suele acontecer, en las grandes nevadas, que las grietas se llenen de nieve, en cuyo caso nadie debe aventurarse á reconocer el *glacier*, pues nada es más fácil que poner el pié sobre una *crevasse* y ser engullido por ella...»

Hasta aquí *Bædeker*.—Ahora nosotros, ilustrados con sus noticias, descendamos por nuestro pié á la *Mar de Hielo*.

Verdaderamente, la escurción es penosísima y bastante peligrosa. Hace pocos días que ha nevado, y las grietas pequeñas se hallan obstruidas por la nieve. Nuestra fortuna es que anoche ha helado mucho y que el sol no ha penetrado hoy todavía en estos barrancos.

Lo que más me impone en tan monstruosa naturaleza son los *pozos de Hielo* que hemos llamado *embudos*.—Yo me he asomado á uno de ellos, tendiéndome á sus helados bordes, y me ha espantado su lóbrega profundidad.

—Allá... en lo hondo (he pensado)... debajo de esta enorme costra de hielo de mil pies de espesor, fluye un rio sobre la verdadera haz de la tierra...

Y he querido oír aquel rumor de vida, sentir la palpitation de aquella profunda vena; y he estado escuchando mucho tiempo, y no he percibido nada.

Entonces he arrojado al pozo un pedazo de hielo, y he puesto la mayor atencion...

Al cabo de cinco segundos, el eco me ha traído el son del agua herida por el ténpano.

Esto me ha conmovido sin saber por qué.—¿Quién es capaz de definir las íntimas relaciones de lo que imaginamos con lo que sentimos; de nuestras ideas con nuestros afectos?—Acaso... lo que yo acabo de experimentar es un impulso de amor filial hácia la tierra habitable y productora que yace bajo esta helada corteza que la cubre como un sudario.—Quizás mi dicha de haber percibido la voz de la vida al través de tanta muerte, puede compararse al placer que nos causa hallar la bondad en el fondo de un carácter brusco, el amor detras del coquetismo, el manantial del llanto en el alma del escéptico, ó los latidos vitales en el corazon un niño dormido, cuya palidez y cuya inmovilidad nos hicieron temer que hubiera muerto.

Pero se me ocurre preguntar una cosa, que me preocupa mucho desde que penetré en este valle de cristal.—Dígame: ¿cuándo se nevaron los Alpes por la vez primera? ¿Qué quiere decir *nieves eternas*? ¿Crió Dios *nevados* estos montes al hacer el mundo? ¿Estuvieron alguna vez sin nieve? ¿Tienen razon los *neptunianos*? ¿Ha sido el agua el gran artífice, cincelador del globo? ¿Estuvo todo él cubierto de nieve en algun tiempo? ¿Se retira esta nieve hácia las cumbres de los montes? ¿Llegará á desaparecer? ¿Vendrá un día en que las pardas moles de granito, sepultadas hace miles de años bajo esta densísima losa sepulcral, tornen á ver la luz del cielo?—¿O tienen razon los *vulcanistas*, y hubo en efecto una época en que toda la tierra se hallaba en estado ígneo? ¿Es positivo y cierto que nuestro astró se fue enfriando y solidificando luégo, hasta hacerse habitable, como lo es... en algunas zonas? Y este enfriamiento, ¿ha terminado ya; ó continúa y continuara indefinidamente? Y, si continúa, como algunos creen, ¿no podrá sucer, con el trascurso de los siglos, que toda la superficie del globo terráqueo quede sujeta á las condiciones climatológicas de los Altos-Alpes, y nuestro pobre mundo se vea convertido en un *glacier* inmenso, en una nevera, en una roca de hielo, en un espectro blanco y pavoroso que represente en los espacios infinitos la total estincion de la raza humana?

Entonces sí que un Pastor-Díaz de otro Planeta podría decir del nuestro lo que este insigne elegíaco ha dicho de la Luna:

¿Qué eres de hoy mas sobre ese helado cielo?

—Un peñasco que rueda en el olvido,

ó el cadáver de un sol que endurecido

yace en la eternidad...

Ya hemos bajado de la *Mar de Hielo*, y nos encontramos en su límite. Aquí nace el *Arbeiron*, ó por mejor decir, aquí aparece por debajo de los témpanos y las nieves.

Su salida al valle no puede ser mas grandiosa.—Un arco de hielo sirve de entrada á una gruta azul, que allá se pierde de vista en las tinieblas. Esta gruta es, como si dijéramos, la urna alegórica de donde se vuelcan las aguas, ó mas bien la regia morada de uno de aquellos rios que en la *Iliada* y en otros poemas revisten formas humanas y pronuncian eloquentísimos discursos.

Nosotros hemos querido aventurar algunos pasos por esta gruta de zafiro; pero los *guias* nos lo han vedado, diciéndonos que ya está demasado avanzada la estacion para acometer tal empresa sin gravísimo peligro.—Y, á este propósito, nos han referido muchas historias de viajeros aplastados por témpanos desprendidos de la alta bóveda azulada...

Apartémonos, pues, de este sitio; montemos en nuestros mulos; atravesemos otra vez el valle de *Chamounix*, y emprendamos la subida á la *Flechere*, donde nos aguarda la mejor vista que puede disfrutarse de la Cordillera del Mont-Blanc.

Porque dicho se está que nosotros no vamos á subir á la cumbre del coloso. Esto requiere tres dias de un penosísimo escalamiento pasando dos noches en medio de las nieves, y solo puede realizarse en el mes de julio.—Por lo demás, y segun el voto de los principales viajeros que han hecho esta escursion, el espectáculo que se disfruta desde arriba no vale el trabajo ni los peligros que cuesta; pues es tal la neblina que despiden los Alpes, vistos desde aquella altura, que en los dias mas serenos sólo permite distinguir confusamente los rasgos principales del pasaje.

La *Flechere*, á donde nosotros nos dirigimos, es un monte de seis mil piés de elevacion, que se levanta frente por frente del *Mont-Blanc*. La asociacion de *guias* ha edificado en su cumbre una buena casa, que viene á ser como un palco ó un observatorio, desde el cual, repito, se domina la gran cordillera mejor que desde ningun otro punto.

—Ya no esperábamos volver á subir este año á la *Flechere*, nos dicen los *guias*; de modo que lo habíamos encerrado todo hata el verano venidero. Durante el invierno, la nieve sirve de guardian á los muchos enseres que tenemos allí... Ustedes serán los últimos que visiten este año aquella altura.

En esto ya hemos atravesado el valle y principiado á subir de nuevo.

Es cerca de las doce, y el sol sale en este momento para los habitantes de *Chamounix*.



La áspera cuesta—la más áspera que he subido desde que me conozco—hace redoblados *zigzags* por un bosque de pinos que parecen hijos de la misma nieve.

Cuando salimos de este bosque, ya nos encontramos á una altura extraordinaria sobre el valle de *Chamounix*.

A cada momento volvemos la cabeza para ver el *Mont-Blanc*; y reparamos que, á medida que nosotros subimos, el *Mont-Blanc* parece subir tambien; es decir, que, cuanto más nos elevamos, más por debajo de su cima nos creemos.—Lo mismo sucede cuando se discute con una alta inteligencia, ó cuando se leen muchos libros; que, á medida que se remonta uno, encuentra más y más inaccesible el pináculo de la sabiduría.

Seguimos caminando, ó por mejor decir, escalando el monte. Los mulos no pueden más. La senda tiene una inclinacion de doscientos por ciento, y la determina un pedregal cubierto de hielo y nieve.

Echamos pié á tierra..... —;Qué fatiga! ;Y qué hambre!—¿Cuándo llegaremos á lo alto?

Han pasado dos horas.

Hémos al fin en la *Flechere*.

Desde aquí vemos toda la blanca cordillera del *Mont-Blanc*, todos los *glaciers*, todos los picos en su verdadera altura; todo el valle, en fin... desde el punto por donde ayer entramos en él, hasta el *Col de Balme*, por donde saldremos mañana...

(Porque ya es indudable que podemos saltar desde aquí á Italia, atravesando parte de la Suiza, hasta encontrar el Simplon.—La *Tete Noire* no está tan nevada como temíamos.)

Pero mirad al *Mont-Blanc*... Vedlo ahora levantado sobre todos sus émulos.

Aunque el dia no puede ser más sereno y trasparente, vése una especie de nube sobre la cima del gigante. Desde esta mañana la estoy reparando; pero hasta este momento no me he persuadido de que no es una nube: es una cosa como humo, es un vapor plateado, es una irradiacion semejante á la que en algunas noches purísimas de enero vemos alrededor de la luna.

De cualquier manera que sea, ello es que esa nube recuerda el humeante penacho que ondea sobre los volcanes — Al decir de los viajeros (y ya lo veremos nosotros, si Dios quiere), la cima del Vesubio humea de este mismo modo...

Asi, pues, el *Vesubio* y el *Mont-Blanc* son dos gemelos coronados.— Aquel, el rey del fuego; éste, el rey de la nieve.

Despues de contemplar durante mucho tiempo el espectáculo de tanta y tanta blancura (contemplacion en que se van las horas sin sentir, como en la del mar, en la de las estrellas y en la de todo lo que es grande y monótono), hemos entrado en la casa de los *guías*, donde estos nos

habian preparado ya una mesa con galleta, queso, nueces y un vinillo delicioso, que por el solo hecho de encontrarse aquí, se halla casi helado.

—Si quieren ustedes descansar, nos dicen nuestros conductores, allá tenemos hasta tres camas para viajeros; pero si prefieren ustedes ver el *Album de la Flechere*, que es curiosísimo, encenderemos la chimenea y estarán con más comodidad.

Nosotros optamos por esto último.

El *Album de la Flechere* es un enorme volúmen en que cada viajero escribe lo que se le antoja. Ya está casi lleno, y hállase redactado en todos los idiomas europeos, desde el portugués hasta el ruso, desde el griego hasta el inglés.—La traduccion de aquel tomo á una lengua, constituiria un precioso libro, lleno de originalidad, de ingenio, de gracia y hasta de ciencia y de poesía. Allí cada uno ha reflejado su carácter, ha dado la medida de su inteligencia y hasta ha revelado el espíritu de su país. Por lo regular, el asunto que tratan todos es la hermosura del *Mont-Blanc*. Unos la cantan; otros la niegan; estos malcicen las incomodidades que les ha costado; aquellos la comparan con otras maravillas del globo; quién le dedica versos; quien caricaturas; muchos se contentan con escribir un nombre; no pocos refieren toda una historia... Pero lo que más llama la atención son las ardientes polémicas que se han armado en este libro entre personas que no se conocen.

Figuraos que llegó un *inglés* y dijo: v. g.

—«Hay una cosa blanca que me gusta mas que el *Mont-Blanc*, y es la espuma de la cerveza.»

Leyólo un *francés*, y puso por debajo:

—«Este inglés es un imbécil.»

Pero vino otro *inglés* y dijo:

—«Para imbéciles, usted y toda la Francia.»

A lo que añadió un *ruso* algunos sarcasmos acerca de la alianza anglo-francesa, y un *polaco* una maldicion contra la Rusia, y un *aleman* una burla del *polaco*, y un *italiano* una mofa del *aleman*, y un *español* una censura al *italiano*, y un *portugués* un insulto al *español*, y otro *inglés* un discurso filosófico acerca de la paz universal, la fraternidad humana y la abolicion de los ejércitos.

Una de las polémicas más recientes versa sobre la anexion del *Mont-Blanc* á Francia, y son de ver las cosas que los italianos y los ingleses han escrito sobre este particular.

De lo dicho se deduce que el *Album de la Flecheres* y todos los de su clase que se encuentran en lugares desiertos, son unos temibles periódicos clandestinos en que se escriben apreciaciones que no pueden hacerse en los diarios legalizados; son como la estatua en que los romanos fijaban los pasquines; son una especie de carnaval en que todos se dicen la verdad sin rodeos ni circunloquios.

Este libro no lo ve jamás autoridad ninguna, ni nadie es responsable

de lo que en él se escribe, y sin embargo puede leerlo todo el mundo...—
Figuraos lo que se dirá en él contra los reyes y contra los pueblos, contra
las cosas y contra las personas...

En esto escuchamos un tremendo estampido, mucho mas fragoroso
que el de anoche...

—¡Avalancha! ¡Avalancha! gritan los guías... Miren ustedes... allá...
en la *Mar de Hielo*...

Salimos á la puerta, y en el mismo instante truena segunda vez la
nieve, y vemos caer de la *Aguja Verde* una gran mole, que levanta al
chocar con el hielo una especie de polvo blanquecino, y luego sigue
rodando y rugiendo hasta perderse en los barrancos que confluyen en la
Mer de glace...

¡Qué horror! ¡Ya ha desaparecido el alud, y todavía rechinan en el aire
los crujidos de los hielos quebrantados!...—Se diria que asistimos al simu-
lacro de un terremoto.

Al mismo tiempo, y cual si la catástrofe le hubiese abierto camino,
aparece la luna por detrás de una nevada loma que va á morir en un
bosque lejano.

Son las tres y media de la tarde, y el sol ha desaparecido ya de este
angosto horizonte; pero su luz dorará todovía durante dos horas toda la
alta region de las montañas.

La luna está en creciente, y por lo tanto, solo presenta una estrecha
faz iluminada. Su blancura no iguala ni con mucho al monte de que se
destaca lentamente; pero asi y todo, hace el efecto de una pluma despeñ-
ada y luego desprendida de las alas de una gigantesca paloma.

Conque volvamos á Chamounix; que en esta elevacion, donde no pue-
de vivir ni el heroico pino, hace ya un frio irresistible.

Pero no creais que vamos á bajar como hemos subido. ¡Quédese esto
para las mujeres, para los viejos ó para los que no conozcan la vida de
las montañas! Vamos á bajar por *escotillon*; quiero decir; no vamos á bajar,
sino á precipitarnos rectamente, en el valle...—Aquí tenemos el lecho
de un torrente, seco todo el año, menos la primavera, durante la cual
da paso al agua producida por el derretimiento de las nieves. Coloqué-
monos en medio de él; echemos el cuerpo atrás, apoyándonos en el baston
calzado de hierro, en la misma actitud que queda un pasiego despues de
dar su clásico salto; clavemos los talones en la nieve; hagamos un esfuer-
zo, y dejémonos ir...

¡Esto es delicioso, y no ofrece ningun peligro!

¡Asi deben bajarse las cuestas muy pendientes!

Cuando os canseis ó tropeceis con un obtáculo, nada os será mas fácil
que sentaros ó tenderos...

Y de este modo (ya lo veis) se desanda en quince minutos todo lo que
se anduvo en tres horas...

Apenas son las cuatro de la tarde, y ya estamos de vuelta en *Chamounix*.

Los mulos no llegarán aquí hasta las seis.

Entre tanto, nosotros hemos hecho con el viejo capataz de los *guias* el ajuste del viaje de mañana, el cual no puede verificarse sino en mulo, pues el camino es infernal y casi tan áspero como los que hemos andado hoy.—Se trata de salir del *dédalo* de montañas en que nos hemos metido.

—Mañana á la tarde (nos ha dicho el honrado jefe), llegarán ustedes á un terreno llano, habitable y muy frondoso, pasado mañana dormirán en la Suiza alemana; y al día siguiente volverán á enfrascarse en nieves y hielos, atravesarán el *Simplon*, y bajarán á hacer noche en Italia.

—¡Italia! hemos exclamado Iriarte y yo con verdadera idolatría. Antes de llegar á aquella hermosa tierra, (nos ha replicado el anciano guía con cierta emulacion) aun tienen ustedes que admirar muchas maravillas en el seno de los Alpes. Mañana la *Tete-Noire*; pasado mañana el *Valle del Ródano*; y al otro día, el soberbio camino abierto por Napoleón el Grande en la region de las nieves eternas... ¡Oh! ¡ya verán ustedes!...

Después de esta conversacion, que ha reanimado nuestras abatidas fuerzas, y nos ha hecho desear el día de mañana con todos sus trabajos y fatigas, he venido á sentarme en unos trojes, en mitad del valle, donde escribo estas líneas, presenciando uno de los cuadros mas grandes que puede ofrecer la naturaleza, y lamentando con toda mi alma no ser el primer paisajista del mundo para trasladarlo al lienzo con todas sus tintas, con todos sus fulgores.

Por vía de despedida del *Mont-Blanc*, y en tanto que nos preparan la comida en el hotel, voy á procurar daros una idea de este momento, que no olvidaré nunca, y cuyas solemnes emociones resucitan en mi corazón una inefable poesía...

Ya son las cinco. El sol, que, como os dije, desapareció hace hora y media de este limitado horizonte, ilumina aún toda la gran cordillera.

El cielo, hácia la parte de Poniente, ostenta un color verde claro que nunca habia mostrado ante mis ojos.

Una montaña negra, tapada de árboles, y otra montaña blanca, abrumada de nieve, se juntan allí por sus bases, abriendo luego ancho camino á las suaves luces del ocaso...

Una ilusion óptica producida por el desvanecimiento del crepúsculo, me hace creer que el *Mont-Blanc* avanza, se me acerca, se me viene encima...—¡Oh... qué fascinacion ejerce sobre mí en este momento!

Mientras he afilado el lapiz, la decoracion ha cambiado completamente.

La nieve se ha vestido de color de fuego, y aquella nube que ha coronado todo el día la eminente cima del gigante parece ahora un velo de oro...

¡Oh Dios mio; ¡Qué pureza de reflejos y matices! ¡Qué nitidez! ¡Qué limpieza!

Diríase que toda la disforme sierra se ha inflamado en el momento que el sol acaba de ocultarse para ella.

¡Sublime apoteosis!...—¡Estos son resplandores de gloria!... La nieve arde en un amor divino...—Yo no había soñado nunca semejante magnificencia!

Y todavía... ¡todavía es *luz directa* del sol la que enciende aquella escelsa y soberana cumbre!

¡Ah! el dios de los astros defiere todos los días á la magestad del dios de los montes y permanece en su cima algunos instantes más que sobre las otras alturas! ¡Y qué grato es ver desde la noche de los valles aquella plácida luz, recuerdo de un día pasado; aquel sol de nuestro *ayer*!...—Son las últimas caricias que Febo enamorado hace á la cándida montaña... Es una tierna despedida en que los besos del osado amante enrojejen la púdica faz de la immaculada nieve...

Entre tanto, resuenan en el valle los repetidos ecos de mil voces concertadas, formando un cántico solemne que parece ser la poética y sencilla historia del día que acaba de morir. Las esquilas de los ganados que vuelven á sus rediles, los murmullos de las aguas, los gritos de los pastores que se llaman y se buscan en las sierras, el plañidero y vibrante son de la campana de la Abadía que llama á los fieles al *Rosario*, todo se combina en un solo acento que flota en el espacio encerrado por los montes; todo recuerda los afanes de la vida, y los años pasados por estas gentes en monotonas tareas, y la inevitable muerte que sigue á las cotidianas luchas del hombre de todos los países.

Pero ya no veo... entremos en el hotel...

¡Adios para siempre, inolvidable día! ¡Adios, deseos ya cumplidos! ¡Adios, esperanzas trocadas en recuerdos!... Adios...

Y tan cierto es que ya no se veía, que hoy no puedo descifrar la última línea que escribí ó quise escribir á tientas en aquella hoja de mi cartera de viaje.

V.

EL HOTEL DE LA CASCADA.—OTRA VEZ SUIZA.—LA TETE-NOIRE.—UNAS IN-
GLESAS.—EL VALLE DEL RÓDANO.—EL MONTE SAN BERNARDO.—MARTIG-
NI.—SOBRE LOS TONTOS.—SION.—BRIGG.—ENTREVEMOS LA ALEMANIA.—
PRISIONEROS DE CASTELFIDARDO.—PASO DEL SIMPLON.—EL HOSPICIO.—
LOS PERROS.—APARICION DE ITALIA.

A la mañana siguiente, muy tempranito, salimos de Chamounix, ginetes en los mismos mulos que ya conoceis.

A eso de las diez, llegamos á la cabeza oriental del valle, y encontramos allí un sitio en que penetraba el sol por entre dos montañas, ehamos pie

á tierra; desliamos una mirienda que nos habian preparado en el hotel la noche antes, y almorzamos como unos príncipes... sobre el duro y helado suelo.

Luego volvimos á montar, y emprendimos una subida tan áspera y peligrosa como la de la *Flechere*.

A las doce perdimos ya de vista el valle de Chamounix y la cadena del Mont-Blanc, y nos engolfamos en un laberinto de nieves y peñas que parecia no tener salida.

Tocamos al fin á la cumbre, señalada con una gran Cruz, y entramos en un terreno quebrado y lleno de precipicios, en cuyo fondo se veian algunas cabañas, y hasta pueblecillos de pastores...;—pero pueblos y cabañas que sólo tienen habitantes durante el verano, y que, por consiguiente, estaban ya cerrados y desiertos.

Mas no continuaré adelante sin daros una ligera idea de estos que he llamado *pueblos*.

Las casas son de madera, y muchas veces no descansan en el mismo suelo, sino en unos altos zancos. De este modo los torrentes, que se las llevarian en otro caso en tiempo de las grandes lluvias, pasan por debajo de ellas sin tocarles.—Sobre los techos, que son de ramas, se ven enormes piedras, puestas allí á fin de que el viento no se los lleve; y aun asi y todo, nosotros encontramos ya hechas pedazos algunas de estas miserables viviendas.

Segun avanzábamos, la senda y el paisaje eran cada vez más atroces. A nuestra izquierda abria siempre un abismo su lóbrega boca; y allá, en una hondura que causaba vértigos, bramaba un rio misterioso, que lleva el lúgubre nombre de *El Agua Negra*.

Así caminamos hasta descubrir una casita preciosa, de aspecto inglés, en cuya fachada decia un letrero: *Hotel de la Cascada*.

Nuestra jornada habia mediado.

Echamos pié á tierra, y mientras que los mulos tomaban un pienso; nos dirigimos en busca de la *cascada* que da nombre á aquel hotel.

La escursion era de media legua, y por un camino propio para águilas, pero el espectáculo valia la pena de tan áspera subida.

Un rio, *la Barberine*, procedente de una altísima montaña, se precipitaba de un solo salto sobre *El Agua Negra*. La violencia de la corriente era espantosa, y la altura de la cascada inmensa. Un monte de granito, labrado incesantemente por las despeñadas aguas, se habia partido en dos, formando el hondo tajo en que hervian y rabiaban las blanquissimas espumas. El estruendo de esta continua catástrofe asordaba la comarca.

Nosotros nos hallábamos en un balcon de palo, osadamente construido en uno de los bordes de aquel abismo, y *volado*, por decirlo asi, de tal manera, que podíamos tocar con la mano la recia columna de cristal que formaba el rio en medio del aire.—Era una situacion conmovedora,—y realmente el balcon se *conmovia* sin cesar, como si amenazase hundirse...—Era, si, una situacion interesantísima; pero, desgraciadamente,

aquel balcon (obra artificial del dueño del *Hotel de la Cascada*) estaba reconocido y garantido de seguridad por un ingeniero, y el asomarse á él costaba...medio franco por persona.

De vuelta en el hotel (donde nos dijeron que todos los *ingleses* tomaban allí una copa de *cognac*, para reparar las fuerzas perdidas al subir á la cascada, y que por consiguiente nosotros debíamos hacer lo mismo) volvimos á montar en nuestros mulos (con los que empezábamos á transigir hasta el punto de haber butizando yo el mio con el nombre de *aneccionado*), y seguimos nuestro camino.

A un tiro de fusil del *Hotel de la cascada*, pasamos el *Agua Negra* (que no lo era sino de nombre) por un puentecillo de mala muerte, en que, al decir de nuestros conductores, terminaba la Saboya, esto es, la Francia (antes, la Italia), y principiaba el canton del *Valais*...

Volvíamos, pues, á entrar en Suiza.

Ninguna valla, nign signo nos demostró al principio semejante tránsito...; pero un poco más lejos encontramos las ruinas de un muro en que antiguamente hubo una puerta...

Allí hay ahora una casilla, en que un viejo soldado suizo, de clásico aspecto, vestido con cierto *negligé* de guerra, y provisto de la indispensable pierna de palo, os pide con muy buenos modos el pasaporte; lo sella sin mirarlo; recibe una peseta ó cosa tal, y os saluda reverentemente...

Ya no podía cabernos duda de que habíamos pasado una frontera.

Un poco más adelante empezamos á encontrar gente campesina, y *chatels* ó cabañas, cuyas chimeneas humeantes daban indicio de que no estaban desiertas.

El camino que seguíamos era una cornisa tallada en la roca. A nuestros piés, á la izquierda, abríase un profundo barranco en que mujía despeñado el *Trient*, y do quiera que dirigíamos la vista hallábamos una pintoresca confusion de nieves, pinos, arroyos, cabras, pastores, peñas, puentecillos de madera, altísimas escaleras de mano para trepar á las chozas, y mil otros objetos adecuados á la afanosa vida de los habitantes de aquella naturaleza convulsa...

¡Y allí fue donde nos esperaba una de las humillaciones más grandes por que haya pasado hombre alguno!

Figuraos que Iriarte y yo, muy orgullosos con la arriesgada visita que acabábamos de hacer al *Mont-Blanc* en tan adelantada estacion, y confiando en la opinion de nuestros guías, habíamos escrito el dia anterior en el *Album de la Flechere* estas imprudentes palabras:

«*Dia 17 de octubre.*

«*Nosotros seremos los últimos viajeros que pongan su nombre en este libro en el presente año.*»

Y hé aquí que, á poco de pasar la frontera suiza, nos cruzamos con tres viajeros que se dirigian á *Chamounix*, provistos de sus mulos, de sus guías y de sus bastones!

Para colmo de ignominia, estos viajeros eran... dos jóvenes inglesas, de quince á veinte años, lindas como dos soles y elegantes y distinguidas hasta en los últimos perfiles de su *toilette*, y un apuesto joven, que frisaría en los veinte y cuatro, y que por la pinta parecía ser hermano de ellas.

¡Imposible me fuera describiros la gracia y la tranquilidad con que aquellas preciosísimas *lady's* caminaban sobre sus mulos, sin pensar en el abismo que flanqueaba la senda, sin grandes precauciones contra el mucho frío de aquella region, sin ostentar en su rostro, ñn su ropa ni en su peinado las huellas del penoso viaje que venian haciendo, y sin otra servidumbre que los guías!..

El camino era tan estrecho, que nos costó trabajo el dejarnos pasar recíprocamente. Ellas no se dignaron saludarnos: hizolo el hermano por toda la familia: preguntó á nuestros guías en mal francés si el valle de Chamounix estaba transitable; respondiéronle estos afirmativamente, y ellos siguieron por su lado y nosotros por el nuestro...

¡Oh! si viérais qué bonitas eran aquellas inglesas ... y cuán interesantes las hacia el lugar en que las hallamos!

¡Y qué vergüenza para nosotros!—Al dia siguiente, aquellas intrépidas amazonas subirian á la *Flechere* y leerian en el Album nuestra inperitente fanfarronada!... ¡Y se reirian! ¡Y escribirian debajo nuestra eterna deshonra!

Muy preocupados íbamos con esta idea, cuando vino á distraernos uno de los cuadros más grandiosos que debíamos admirar de los Alpes.

Estábamos en la *Tete-Noire* (en español, la *Cabeza Negra*).

Llámase asi un altísimo monte, cubierto de nieve y hielo por la base, y de oscuros pinos por la cumbre,—singular anomalía, que le da un aspecto aterrador.

Hay un punto llamado *Roche Percée* (Roca Agujereada),—especie de túnel que perfora la montaña,—pasado el cual, la naturaleza llega á tal grado de hermosura, de atrocidad, de poderío, que el viajero espantado cree contemplar las ruinas de un mundo ó el embrion informe de la creacion. En cuanto alcanza la vista, sólo se perciben selvas y sombras, rocas inmensas festoneadas de abetos, despeñaderos profundos cortados verticalmente; moles desgajadas de sus cimientos, amenazando cegar los abismos; abismos cuyo fondo no se distingue, pero donde se oyen lamentos desesperados de torrentes que luchan como titanes para abrirse camino entre las peñas; cataratas que rugen en la oscuridad; montañas hechas pedazos, cuyos escombros, estratificados caprichosamente sobre aquella ancha grieta de la tierra, forman inaccesibles grutas tapizadas de musgo y flores y adornadas de trasparentes carámbanos; un rio, en fin, un misterioso rio,—el *Trient*,—Hércules potente, que trabaja y remueve todas aquellas masas ciclópeas, empujándolas, arrastrándolas, hundiéndolas, mojándolas con su sudor, y haciéndolas temblar y bam-

bolearse al solo impulso de su anheloso aliento, cuyo estertor salvaje llena de palpitaciones la comarca...

Y todo esto, matizado de los más vivos colores; alternando el verde de los árboles con el blanco de los hielos; contrastando el amarillo y rojo de las piedras abiertas por el corazón con la negra sombra de los recónditos abismos en que el sol no penetra nunca; resaltando las tintas violadas del granito húmedo sobre el pálido vislumbre del líquen agostado...—; Y á veces, en el hueco de un risco, una cama de violetas aromosas que se han hecho allí un mundo y una primavera aparte!...—Y en medio de todo algunas losas funerales, en que se ve escrito el epitafio del *guia* ó del viajero que pereció en aquellos sitios al querer robar sus secretos al hondo tajo de la *Cabeza Negra*...

Tal es aquel horrible desfiladero, cuya pavorosa magestad no olvidará en toda su vida quien haya tenido la fortuna de admirarla. Y tales son todas las avanzadas del *Mont-Blanc*. Tales son las condiciones de la gigante cordillera que sirve de alcázar á las puras nieves de donde nacen, para extenderse por Europa, rios tan ilustres como el Rhin, el Pó, el Ródano y el Danubio.

Dos horas empleamos en salir de aquel laberinto formidable.

Al cabo de ellas, despejóse el terreno, *humanizóse* el camino, y empezamos á encontrar aldeas *habitables en todas las estaciones*, y gentes que vivian en sociedad.

Poco despues, y al llegar al borde de un otero, apareció á nuestros ojos un anchísimo horizonte, y luégo un extenso valle, cruzado por un rio y lleno de pueblos y de praderas...

Era el *Valle del Ródano*.

Al ver allá abajo aquella grande extension de terreno, aquella apacible llanura, aquellas poblaciones, aquel sosegado rio, aquel dilatado cielo, respiramos con ansia como si acabáramos de salir de una prision...

Y, sin embargo, aquello no era todavía la libertad. Gigantescas montañas cerraban por todos lados aquel país: el valle era pantanoso, el cielo descolorido, el aire húmedo y poco trasparente...

Aún no habíamos salido de la patria de los hielos y las brumas. Aún nos faltaban dos jornadas para descubrir la tierra favorita del sol, el amoroso cielo de Italia. Aún se estendian los Alpes á nuestra izquierda como una muralla levantada entre el melancólico Norte y el ardiente y regocijado Mediodía.

En esto principió á anoecer; y nosotros, rendidos de cansancio, pero mucho más incomodados por el frio, nos apeamos de los mulos y emprendimos á pié el descenso á *Martigni*,—término de nuestra jornada, y primer pueblo de la llanura.

La bajada era tan pendiente como lo habia sido la subida; pero á mí me la hizo llevadera el constante pensamiento de que me encontraba al pié del *Gran San Bernardo* y de que aquellas nieves que veia sobre mí

cabeza, teñidas de oro y rosa por el agonizante crepúsculo, eran las mismas con que había soñado cuando niño, al leer la *Historia de Napoleón*, ó al ver en el teatro de mi pueblo la comedia de gran espectáculo, titulada: *Los perros del Monte San Bernardo*.

Napoleón pasó el *San Bernardo* en mayo de 1800 con los treinta mil hombres que vencieron en Marengo y en otros cien combates. Entonces apenas había camino por esta parte de los montes, y la osadía del gran capitán llenó de asombro al mundo.—Hoy es ya la empresa mucho más fácil; pues desde mayo hasta setiembre se atraviesa en coche la cumbre del *San Bernardo*.

En cuanto á mí, venía ya de hacer ascensiones muy más penosas y arriesgadas que las de este tan famoso monte, y aún me esperaba la del *Simplon*, que, al decir de muchos viajeros, las supera á todas en grandeza y hermosura.—Sin embargo, tienen tal influencia en nuestra vida las primeras impresiones de la infancia, que el *San Bernardo* me inspiraba más respeto y miedo que la misma cadena del *Mont-Blanc*.

Ya era muy de noche cuando entramos en *Martigni*...

Por cierto que el pito del camino de hierro que pasa por esta ciudad y que recorre casi todo el valle del Ródano, resonó en aquel instante en nuestros oídos como una regalada música...

¡Considerad que llevábamos dos días de viaje en mulo!

Martigni, silla episcopal del *Valais*, no encierra nada de particular, fuera de sus renombrados *cretinos*.

Los *cretinos* (á quienes ya hemos aludido una vez al hablar del *goître* ó papera que tanto abunda en Saboya) son unos desventurados hijos de Dios, afectados de una doble enfermedad moral y material, endémica de este cantón suizo y de algunos otros húmedos y profundos valles de Europa.

Yo no podré decir qué es más deforme en los *cretinos*, si el alma ó el cuerpo. Su *idiotismo* raya en embrutecimiento, en estupidez: apenas hablan algunas palabras incoherentes: de sus cinco sentidos sólo la vista goza de completa percepción: andan vacilantes y penosamente como si estuviesen catalépticos ó dominados por la embriaguez: cuando cambia el tiempo, sufren horribles convulsiones y dolores de huesos, que los ponen á las puertas de la muerte, y su única, perpétua y delirante afición es un desenfrenado apetito sensual.

La monstruosa figura de estos desgraciados presenta dos tipos diferentes, pero á cual más repugnantes—Unos son de pequeña estatura, cabeza ancha y mal configurada, piernas estevadas y muy cortas, quebrada cintura y escasísimo cuello.—Otros son extraordinariamente altos y endeblés, muy zambos, con el cráneo estrechísimo, el cuello crecido y delgado, los brazos largos, y la cabeza caída hácia adelante.—Unos y otros tienen de común una carne muerta, fofa, de color terroso y surcada de arrugas que se cruzan en todas direcciones; una boca entreabierta de la que fluyen

asquerosas babas; unos ojos pequeños, hundidos, llenos de inbecilidad y de lujuria; los dientes afilados; las barbas ralas y enfermizas, brotando en inconexos mechones; una enorme papera; la nariz aplastada; la raíz del pelo próxima á las cejas, y un prematuro sello de senectud en toda la fisonomía.

Vestid ahora á estos hombres con el traje habitual de los paisanos del *Valais* (ancho pantalon de pana, casaquilla corta, chaleco de paño encarnado, una gran corbata ó pañuelo de vivísimos colores, y una ridícula cachucha), y decidme si concebis nada más grotesco, más estrambótico, más horrible!

Viendo á aquellas espantosas criaturas, se comprenden todos los cuentos de trasgos, gnomos, duendes y *martinicos* de la mitología de las viejas...—A mí me daban miedo.

Diré, para concluir, que el *cretinismo* se atribuye por unos á exceso de greda en la composición del terreno; por otros, á falta de *iodo*, y, por la generalidad, á crudeza de las aguas.—Ello es que esta enfermedad, ó lo que sea, despues de haber afligido el *Valais* desde una época inmemorial, y á veces hereditariamente, ha empezado á extinguirse de algun tiempo á ésta parte, á tal punto, que apenas se encuentra ya en él un *cretino* menor de veinte años.—Los médicos se explican este fenómeno por el mayor aseo y aumento de comodidades y recursos que la civilización ha introducido en la comarca.

Aquella noche dormimos en *Martigni*, y á la mañana siguiente salimos con el primer tren para *Sion*, á donde llegamos en menos de una hora.

Esta *Sion* no es la de *Tierra-Santa*, ni tampoco la *Sion Eterna* (que á todos os deseo), sino pura y simplemente la cabeza del canton del *Valais*.

Vista de lejos, es una graciosa ciudad, coronada por dos venerables castillos, que dominan todo el *Valle del Ródano*,—del cual es *Sion* altiva soberana.

Vista por dentro, llama más la atención del viajero á causa del silencio que reina en ella, de la triste severidad de los edificios, del reposo en que viven sus habitantes, y de no sé qué aire solemne, contemplativo, filosófico, que se advierte en todas las cosas.

Y es que en *Sion* empieza verdaderamente la Suiza alemana. Cierto que la mayor parte de la gente habla todavía francés; pero la raza tiene mas de sajona que de latina.—¡No hay más que ver aquellas caras tranquilas, aquel andar sosegado de los transeuntes, y aquel *fumar* y *pensar* de los bebedores, agrupados silenciosamente en torno de un océano de cerveza y envueltos en una atmósfera de humo!

La ciudad no encierra arriba de tres mil almas, y nosotros la recorrimos varias veces en todos sentidos, buscando un carruaje que nos condujese á *Brig*, en donde pensábamos hacer noche.

Eran las diez de la mañana, de una hermosa mañana rica de sol, y

en cuantas calles penetramos,—casi todas desiertas,—oímos resonar más de un piano al través de las celosías de los balcones.

No sé por qué, aquella música matutina me hizo envidiar la vida de los habitantes de *Sion* y suspirar por una paz y una dicha de que acaso carecen también ellos...

Son melancolías de caminante, que no necesitan explicación.

A eso de las doce salimos para *Brigg* en una carretela descubierta, más adecuada á un paseo que á un viaje.—Bien es verdad que el camino era excelente.

Pasamos por *Sierre*, pequeña ciudad, más alemana aún que *Sion*, y asiento de la nobleza del *Alto-Valais*.

También allí se oían acordes de piano en todas las calles que recorrimos...

¡Ah! ¡las alemanas!—Si las alemanas son efectivamente como yo me las figuro, ó como me las han hecho adivinar los libros y los viajeros, es una verdadera desgracia para mí el no haber estado nunca en Alemania...

Formando en la imaginación novelas sobre este tema, tomamos en *Sierre* un vaso de cerveza, oímos tocar un *vals de Straus* á la vecina (ó al vecino) que vivía en frente de la casa de postas, y proseguimos nuestro viaje, lamentando yo con todas las fuerzas de mi alma no vivir y morir en aquella ciudad,—como pocas horas antes había lamentado no habitar en *Sion*, y como debía de lamentar todavía muchas veces no haber nacido en otros varios pueblos...

Verdaderamente, yo quisiera vivir á un mismo tiempo en todas partes.—Lo demás no es vivir.

Después atravesamos una selva muy oscura, célebre por los muchos bandidos que ha albergado, y por el combate heroico que los suizos sostuvieron en ella, defendiendo su independencia contra los ejércitos republicanos de Francia.

Al salir de aquella selva nos encontramos en *Finges*, pintoresco pueblecillo en que ya no se habla sino alemán.

Habíamos pasado la vaga frontera de los dos idiomas que se enseñorean de la independiente Suiza.

También hacía algún tiempo que habíamos penetrado en tierra católica...

En *Finges* mudamos tiro y seguimos adelante.

El país que recorríamos era amenísimo. Las montañas aparecían cultivadas hasta una increíble altura, y en ellas, como en el valle, se notaba á la sazón un gran movimiento agrícola, al que no eran extrañas las mujeres.

El traje de estas es allí muy semejante al de las judías de Tetuan en

los días de gala: saya de *medio paso*, quiero decir, estrechísima; el talle debajo del brazo, á la manera del *primer imperio*; una enorme corona parecida á una mitra oriental, y altas hombreras, formadas por la rizada manga de la camisa.

Estas mujeres, así vestidas, discurrían á veces por el campo, cada una en compañía de un magnífico buey, que se había dejado cargar de yerba, de leña ó de legumbres, como el más humilde jumento.

El cuadro que componían ambas rarezas no carecía de poético atractivo, de gracia, y hasta de ternura.—La mujer y el buey, nacidos para destinos más altos que los que cumplían en aquel momento (ella para el hogar, y él para el arado ó para el carro), se inclinaban con resignación ante la dura ley de su des dicha.—Aquella mansedumbre tenía su particular encanto.

A todo esto íbamos llegando al *Simplon*, cuya gigantesca masa nos cerraba el horizonte.

Empezaba á oscurecer.

Al pié del gran coloso se percibía un grupo de lucecillas...

Era *Brigg*.

Pocos momentos despues, el camino empezó á ensanchar y á ofrecer un aspecto tal de solidez y de grandeza, que más parecía un monumento que una obra de mera utilidad.

Era que entrábamos en la maravillosa carretera, de universal renombre, concebida por Napoleon el Grande para poner á la Italia en fácil contacto con los países del centro de Europa.

Dícese que la misma noche de la batalla de Marengo, Bonaparte, vencedor, recordó lo muy penoso que le había sido á su ejército pasar los Alpes por el San Bernardo, y le preguntó á los ingenieros:—¿Cuándo será, señores; cuándo será que la artillería pase el Simplon en veinte y cuatro horas?

Seis años despues atravesaba los Alpes una carretera de treinta piés de anchura, construida sobre seiscientos once puentes y al través de una multitud de túneles y galerías...

Pero hénos ya en *Brigg*.—Mañana recorreremos todo ese camino de titanes.

Procurémosnos ahora alojamiento en que pasar la noche, y soñemos con que estamos á las puertas de Italia, de la que nos separa solamente una muralla de granito de diez leguas de espesor y siete mil pies de altura.

El mejor hotel que encontramos en *Brigg* era muy malo; pero á mí me agradó sobremanera por tres diversas razones. Primera, porque á buen hambre no hay pan duro: segunda, por el carácter septentrional y alemanesco que todo tenía en él; y tercera, por la escena interesantísima que nos ofreció allí la casualidad.

Las diez de la noche serían cuando nosotros penetramos en el salón que servía de comedor.

Aquel salon era muy grande y negro, y estaba alumbrado en parte por los reflejos de una enorme chimenea de forma antigua en que se quemaba dando chasquidos todo un abeto.—El resto de la iluminacion consistia en una sola vela colocada sobre la mesa redonda.—El techo y los ángulos del aposento desaparecian, pues, en las tinieblas.

Los muebles, por su parte, presentaban el mismo aspecto austero y hasta sombrío. Eran de nogal liso, grandes, oscuros, de anticuada forma. Las ahumadas paredes ostentaban alguna vista del *Simplon* ó de las batallas napoleónicas, y en la atmósfera flotaba una espesa nube de humo de tabaco.

Medio envueltos en esta nube y medio alumbrados por el fulgor rojizo de la chimenea, veíanse alrededor del fuego quince ó veinte hombres, todos provistos de su correspondiente pipa, vestidos unos con destrozados uniformes militares, otros con la casaquilla del paisano suizo, y dos ó tres con sucios capotes, gorras de pieles y altas botas enlodadas, al modo de correos ó postillones.

Toda la gente *civil* prestaba suma atencion á uno de los soldados, que referia no sé qué cosa en aleman, mientras que sus compañeros parecian entregados á dolorosas meditaciones.

Nosotros nos sentamos á la mesa, dando la espalda al grupo, muertos de curiosidad por saber quiénes eran aquellos derrotados militares y conocer la historia que tanto interesaba á los paisanos.

Pronto vinieron á sacarnos de dudas algunos nombres propios de que estaba salpicada la relacion.

—*Castelfidardo... Pimodan... Lamoriciere... Cialdini...* decia á cada momento el soldado, en medio de otras muchas palabras que no comprendíamos.

Era claro como la luz del sol que aquel hombre contaba la reciente Batalla de Castelfidardo, perdida por las tropas pontificias.

En esto penetraron en el comedor dos viajeros, cuyo aire nos hizo adivinar en seguida su respectiva patria.—Eran un Inglés y un Francés.

El Inglés, hombre de unos cuarenta años, de cómica fisonomía... sumamente séria, alto como un varal, con el pantalon corto y la camisa deslumbrante de blancura, recién afeitado, y muerto de frio, principió por dirigir una tímida ojeada á la chimenea, y la vió completamente ocupada; luégo nos miró á todos, de aquella manera filosófica que los ingleses miran á los demás animales, y dió muestras de dolor al observar que todo el mundo fumaba: entonces intentó irse; pero le temió al frio que hacia fuéra, y retrocedió: de resultas de todo lo cual, calóse la gorra hasta los ojos; metióse las manos en los bolsillos de su levitilla de color de café con leche, y emprendió una especie de baile, que no paseo, alrededor de la habitacion, dando saltitos muy menudos con el fin de calentarse los piés...—¡Estaba divino!

El Francés, jóven, elegante, de vulgar fisonomía y con apariencias de *commis voyageur*, siguió el sistema contrario.—Llegóse á la chimenea

interrumpió la conversacion, diciendo:—«¡Ah! ¡Diablo! ¡Hace un frio!... Perdon, señores... No se incomoden ustedes... ¡Héme aquí! Ya estoy bien... Les suplico que sigan como estaban»... Y se metió en medio de los suizos, ocupó el mejor lugar, empezó á dar vueltas para calentase por todos lados, y, cuando ya entró en calor, dirigióse á uno de los soldados, como si lo conociese de toda la vida, y le preguntó en francés:

—¿Qué uniforme *ha sido* ese, bravo militar? ¿Adonde se va? ¿De dónde se viene? ¡Mal tiempo empieza para la tropa! ¡*Sapristi!* ¡Yo me alegro de ser paisano! El ejército francés está pasando muy malos ratos en Argel, no á causa del frio, sino del calor... En fin... *Ustedes* acaban por acostumbrarse... El hombre es como los maridos, que se acostumbran *á todo!*...

Y se puso á tararear.

El suizo interpelado no respondió una sola palabra á este discurso, y su compañero siguió la relacion de la batalla...

El Inglés miraba al Francés con odio mezclado de desprecio, y quizás tambien con envidia, al verlo en posesion del mejor sitio de la chimenea, mientras que él se veia obligado á caminar á brincos, sin conseguir meter sus piés en calor...

El Francés no reparaba en nada ni en nadie; y, como echase de menos una respuesta á sus preguntas, volvió á tomar la palabra, y dijo á los soldados:

—Perdon, señores; alguno de ustedes ¿habla francés?

—Yo hablo francés, dijo uno de los militares con visible impaciencia.

—Perdone usted si le molesto. ¿Usted será tan fino que tendrá la bondad de tomarse el trabajo de haceme el favor de decirme qué diablos está refiriendo ese bravo militar, para ser escuchado con tanta atencion?

—Caballero, respondió el Suizo. Nosotros hemos sido hechos prisioneros en la Batalla de Castelfidardo.

—¡Ah! ¡Castelfidardo! ¡Hé aquí un mal negocio para la Francia! ¡Ese pobre diablo de Lamoriciere ha proporcionado á las armas francesas... (porque, al fin y al cabo, franceses eran él y los suyos, aunque enemigos del emperador...) les ha proporcionado, digo, la ignominia de una derrota; ignominia que no conocian hace muchos años!

Estas palabras, dichas con cierta solemnidad, interrumpieron la narracion del otro suizo.

Tambien aquel comprendia el francés, y poco á poco fuí viendo que no habia en la habitacion una sola persona que no lo hablara.

El *commis* iba á realizar su propósito de convertir á su lengua una *soirée* que se habia iniciado en aleman.

—Señores (exclamó entonces enfáticamente); como buen francés, no puedo menos de simpatizar con ustedes; pues han derramado su sangre á las órdenes de un hijo de la Francia!!

—A las órdenes de un hijo de la Iglesia, replicó gravemente otro suizo. Nosotros servíamos al Papa.

—Eso era lo malo, repuso el *commis-voyaceur*. Dios no quiere que la

bandera francesa cobije causas abominables, y por eso la abandonó en Castelfidardo.

—Lo único abominable que ha habido en Castelfidardo, ha sido la traicion; lo único malo, la perfidia; y usted, que es francés, debe respetar un hecho de armas que honra á muchos franceses, aunque no honre á la Francia, ó sea al gobierno imperial!—exclamó uno de los presentes.

El comerciante comprendió que iba á ser derrotado en el terreno que habia elegido, é hizo con la mayor frescura un cuarto de conversion.

—Ciertamente... Ciertamente, dijo mirando al techo. Lamoriciere representaba en aquella lucha la política histórica de la Francia, y Pimodan ha muerto en un puesto de gloria que todos debemos envidiar.

—;Yo le ví morir! murmuró uno de los soldados.

—¿Cómo fué? Permitidme... Yo tendré mis ideas... pero soy francés, y me interesa la suerte de todos mis compatriotas... ¿Murió como un bravo?... ¿Eh?

Ya no habia remedio. El *commis* se habia empeñado en que los suizos le contasen en francés la batalla de Castelfidardo, y mi amigo Iriarte y yo lo deseábamos tambien. Terciamos, pues, en la conversacion; restablecimos el buen acuerdo entre todos, exceptuando al inglés que seguia bailando, y acabamos por averiguar lo siguiente:

Aquellos suizos se habian afiliado como voluntarios en el ejército de Lamoriciere, abandonando patria y familia, no por entusiasmo político, sino por devocion al jefe de la Iglesia.—En la batalla referida fueron hechos prisioneros con otros muchos compatriotas suyos, y el gobierno piemontés, por desembarazarse de ellos, los habia conducido á la frontera suiza, dándoles la libertad bajo promesa de que en dos años no volverian á tomar parte en ninguna guerra italiana.—Habian, pues, pasado aquel dia el San Bernardo, á pié, con nieve hasta la cintura, y diseminándose en seguida, cada cual con direccion á su país.

Los que esto nos contaban, eran del canton de Lucerna.

En cuanto á su derrota, la explicaban de este modo:

—«Lamoriciere estaba en secreta inteligencia con quien podia asegurarle que los piemonteses no invadirian los Estados Romanos; y esa *persona*, ó sus representantes, *se lo aseguraron asi*.

«Pero aconteció que el ejército de Cialdini empezó á moverse en la frontera toscana, y Lamoriciere, que sólo tenia once mil hombres, y de ellos la mayor parte sin instruir, pensó en retirarse hácia Nápoles, á fin de unir sus fuerzas á las borbónicas y combinar con Francisco II una defensa simultánea contra Garibaldi y contra Victor Manuel.

»Mas hé aquí que entonces... no se qué *demonio*... le dirige al paldin del Pontificado un parte telegráfico y otros avisos, diciéndole que la Francia imperial *piensa oponerse* á la invasion de los Estados del Papa por los piemonteses; que para ello es necesario que él entretenga á Cialdini algunos dias; y que, si se ve acosado, siempre puede encerrarse en

la fortísima plaza de Ancona, y *esperar allí la intervencion francesa.*

»Lamoriciere confia noblemente en estas seguridades de antiguos enemigos suyos y desiste de marchar á Nápoles.

»En tanto Cialdini y Fanti pasan de pronto la frontera y se le vienen encima con veinte y dos mil hombres y setenta piezas rayadas.

»Lamoriciere, que no esperaba la invasion ni debia esperarla, trata de refugiarse en Ancona...

»Pero los piemonteses, *que saben lo que se hacen*, le han cortado ya la el camino.

»Nuestro general no vacila, (pues no habia otros medios en que escoger) y manda el ataque, á fin de forzar la línea enemiga y penetrar en la plaza.

»Pero ¡ah! el combate era desigual. ¡Los setenta cañones de Cialdini nos deshacian!

»El general Pimodan, que iba como segundo de Lamoriciere, intenta asaltar las posiciones de *delle Crocette*, en donde se hallaba la artillería enemiga. Tres veces ataca y las tres veces es rechazado. Courten, que mandaba en Ancona, no sale á tiempo con la guarnicion, ni viene en nuestro auxilio como esperábamos... En nuestras filas, compuestas de voluntarios de todas las naciones, bisonos más de la mitad, cunden el desaliento y la desercion. Pimodan hace esfuerzos desesperados por animar á los que flaquean; rodéase de sus compatriotas (¡de los bizarros franceses!); intenta un cuarto ataque á la terrible artillería, y cae muerto con muchos de los suyos, dando esta catástrofe la señal de la fuga á los miserables que aún vivimos.

»Lamoriciere, en tanto, pugna por una sola cosa; por ganar la plaza con alguna parte de su ejército.

»El la defenderá desesperadamente hasta que lleguen los sucesos que le han hecho esperar *los hipócritas...* (y que no habian de verificarse...) El aguardará allí la hora de su venganza!

»Lucha, pues, denodadamente; ábrese camino entre el enemigo, y penetra al fin en Ancona seguido de tres mil bravos.

»Pero ¡ah! El resto de su ejército ensangrienta el campo de batalla ó es prisionero del enemigo. Los que no se rinden aquel día, tienen que capitular al siguiente. Treinta jóvenes oficiales, pertenecientes á las más ilustres familias de Francia, de Irlanda, de Suiza y de la misma Italia, han muerto bajo los cañones sardos. Todo el bagaje del ejército ha caido en su poder... Ancona capitula más tarde... ¡Nuestra dorada ilusion de aniquilar á los enemigos del Padre Santo ha desaparecido como un sueño!»

Esta sencilla y auténtica relacion, hecha por un hijo de los Alpes tan fuerte y rudo como padieron serlo los antiguos francos, me impresionó vivamente...

Bien es verdad que el lugar en que la oia se prestaba á grandes consideraciones.

—Hace mas de mil años (medité yo, cuando hubo concluido de hablar aquel toscó guerrero); hace once siglos que, en una noche como esta, y acaso en este propio paraje, gente de guerra contaba una historia muy parecida á la que estoy oyendo.

El asunto era el mismo, é idénticos tambien los personajes del drama. De una parte, un Rey del Norte de Italia invadiendo los Estados de la Iglesia; de la otra un guerrero francés pasando los Alpes con un ejército reclutado en la Rhetia y en la Galia, y yendo á socorrer al Sumo Pontífice. Y el mismo combate sangriento; y la misma vuelta de los hombres del Norte á su país; y la misma conversacion en estos lugares, la noche solemne en que pudieron decir á sus familias;—«El sol que nos ha visto »esta tarde bajar de los montes y estrecharos en nuestros brazos, nos vió »esta mañana en tierra de Italia»

¡Todo, todo era igual!—Solo la accion era ahora diferente. Entonces los defensores del Papa volvían vencedores: hoy venían vencidos y dispersos...

En esto ya era muy tarde, y nosotros teníamos que levantarnos á las tres de la madrugada, hora en que partía la diligencia.

El Francés contaba su biografía; el Inglés seguía bailando, sin atreverse á acercarse á la chimenea, y los Suizos empezaban á desfilar ó á dormirse.

Desfilamos, pues, tambien por nuestra parte, y nos acostamos en seguida.

Tres horas despues nos despertó lo que yo llamo la *diana del viajero*, ó sea los chasquidos del látigo del mayoral.

Todavía era de noche, y hacia un frio de todos los diablos; por lo cual entramos en el comedor en busca de la chimenea.

El Inglés seguía paseándose del mismo modo, sin haber logrado en toda la noche calentarse los piés, á pesar de hallarse solo en el comedor...

¡La chimenea estaba apagada!

Parece ser que el Francés la atizó y revolvió tanto antes de acostarse, que la dejó en aquel estado.

Yo estoy seguro de que el Inglés pasó la noche acariciando la idea de una próxima guerra entre Inglaterra y Francia; jurándose servir en ella en clase de voluntario, y excogitando la manera de vengarse de aquel hijo de San Luis.

Sin otra novedad que de notar sea, montamos en el interior de una pequeña Diligencia, y emprendimos la marha entre las últimas sombras de la noche.

Al amanecer habíamos ya subido tantas retorcidas cuestas que nos encontrábamos á tres mil piés sobre *Brigg*.

El sol naciente reflejaba sus rosadas luces en las nieves del *Simplon* y

en el macilento rostro del pobre Ingles...— que iba dormido en la berlina.

Detrás de nosotros se descubrian las lejanas cumbres del *Breithorn*, del *Jungfrau* y del *Monch*. — Es decir, que la Suiza se nos aparecia entera... en el mismo instante que íbamos á abandonarla.

La diligencia rodaba ya sobre nieves y hielos, y las *casas* de posta en que se mudaba tiro tenian el nombre de *Refugios*.

Esto significaba que dependian de la benéfica asociacion que fundó los *Hospicios* del *San-Bernado*, del *Simplon* y otros muchos, como diremos adelante.

Pero lo que mas nos sorprendia y maravillaba en este viaje era la Carretera que íbamos recorriendo.

El trazado no podia ser mas atrevido, y las obras de fábrica asombraban por su grandiosa solidez. En todo el camino no hay un solo palmo de terreno en que no se hayan vencido inmensas dificultades. Unas veces se pasa por anchas cornisas talladas en la roca; otras por puentes de extraordinaria altura tendidos sobre abismos espantosos; ora bajo galerias que protegen á los viajeros contra las avalanchas; ora por túneles abiertos en el hielo y el granito. En un paraje tropezó el ingeniero con el lecho de un torrente, que servia de desagüe á un *glacier* elevadísimo, y venció la dificultad construyendo un acueducto que arranca de los mismos hielos, conduce el agua sobre un arco por encima del camino, y la precipita al otro lado de él en forma de cascada. Mas lejos, la carretera es un corredor, con balcones que dan á profundos despeñaderos, en los cuales la vegetacion, las rocas y las aguas presentan á cada momento preciosísimos cuadros. — Asi caminais horas enteras, bajo techado y de balcon en balcon cual si fuérais llevado en diligencia por los claustros de un convento ó por las galerías de un palacio. — Poco despues os encontrais sobre una muralla que arranca del hondo barranco y que parece construida por titanes. — Aquí ruge la catarata sobre vuestra cabeza; allá rueda el alud bajo vuestros piés. — En una ocasion os veis sepultados bajo corpulentas moles que amenazan cerrar la vía. — A los pocos momentos os creéis suspendidos en el aire y próximos á caer despeñados en tenebrosos precipicios. — Y cuando llevais muchas horas de andar de esta manera, volveis la cabeza atrás, y os encontrais con *Brigg* á vuestros piés, — muy por *debajo* de vosotros... es verdad... pero tambien muy *cerca*, — como teneis cerca una ciudad cuando subís al campanario que la domina...

Al fin llegamos á la cumbre, señalada por una cruz de madera.

Allí hacia un frio espantoso. — Por donde quiera que se miraba no se alcanzaba á ver mas que nieve.

Ya no veíamos á *Brigg*, ni el valle del Ródano, ni tan siquiera el horizonte de la Suiza...

Habíamos entrado en la gran meseta que constituye la cima del *Simplon*.

¡Dijérase que vogábamos por el cielo!

Tanta blancura, tanta luz, tanto espacio nos deslumbraban completamente.

El sol, que se acercaba al cenit, lucía con todo su esplendor, y sin embargo, no calentaba nuestros ateridos miembros ni conseguía derretir un solo átomo de nieve.—Sus rayos caían sobre nuestro rostro, blancos y fríos como los de la triste luna.

En esto hirió nuestros oídos el son de una campana, cuyo religioso eco nos llenó de espanto.

¿Quién podía vivir en aquella soledad melancólica? ¿Cómo resonaba allí la oración de los mortales? ¿Qué alma en pena habitaba en aquel páramo, tan lejos de la tierra y tan distante del cielo?

—Vamos, señores. Estamos en el *Hospicio*... (esclamó el mayoral abiendo la portezuela). Esa campana nos dice que pasemos adelante si queremos.

El *Hospicio* del Simplon fué comenzado por orden de Napoleon I, y terminado, á espensas del convento de Agustinos de Martigni, con las mismas condiciones del famoso Hospicio del Monte San Bernardo.

En uno y otro habitan diez ó doce religiosos de una Congregacion que consta de cuarenta hermanos, y que se fundó con el solo objeto de auxiliar á los viajeros que pasan los Alpes.

El iniciador de tan piadoso pensamiento fué San Bernardo de Menthor, el cual hizo levantar el primer Hospicio sobre el monte que lleva su nombre, por los años de 962.

Los padres que enferman en tan ruda vida, y los imposibilitados por la edad, encuentran á su vez un asilo en el citado convento de Martigni.

En cuanto á aquellos heróicos *perros* que tan importantes servicios prestaban á la humanidad,—buscando á los viajeros perdidos, sacándolos de entre la nieve, y dando aviso de ello á los frailes,—tengo el sentimiento de anunciaros que su raza se ha extinguido completamente.

Hoy se piensa en sustituirlos con otros perros alemanes, muy hermosos y de extraordinario instinto, pero que, al decir de los mismos monjes que los aleccionan, no llegarán nunca al grado de valor, de inteligencia y de laboriosidad que alcanzaron sus ilustres predecesores.

Estas noticias nos las dió un venerable religioso, que salió á recibirnos á la puerta del Hospicio, invitándonos á descansar en él, y que llevó su amabilidad hasta enseñarnos todo el establecimiento.

El edificio es excelente. Tiene una magnífica enfermería, un oratorio, muchos aposentos con chimenea, cocina económica, refectorio, biblioteca, un pequeño taller para remediar las averías de los coches, y varias otras dependencias.

A cualquier hora que llega allí el caminante, los padres Agustinos le ofrecen una ligera comida; y, si es á la hora en que comen ellos, lo colocan á su lado en el refectorio.

En uno y otro caso, no se le permite pagar cosa alguna; y, para colmo de edificación, los mismos frailes sirven la mesa como humildísimos criados.

Esta última circunstancia me conmovió profundamente. Nosotros (por novelería poética; no por otra cosa) cedimos á las instancias de los religiosos y pedimos una sopa de leche,—que nos presentaron al punto, y que por cierto estaba exquisita.—Pero cuando observé que un respetable sacerdote nos ~~ponía~~ quitaba los platos, la vergüenza y el remordimiento, la gratitud y el asombro me infundieron impulsos de coger la mano que me servía, y besarla humildemente...

¡Ahora me pesa no haberlo hecho!

¡Ah! si la humanidad hallase en su peregrinacion por la tierra muchas cosas parecidas á lo que encuentra el viajero en la cumbre de los Alpes, yo me prometeria todavía una larga era de paz, de dignidad y de consuelo para la sociedad angustiada.

Ahora, por si haceis alguna vez este mismo viaje, debo advertiros que en la capilla ú oratorio del *Hospicio del Simplon*, hay un cepillo de madera, donde, si os place, podeis depositar una limosna.

Conque ya estamos otra vez en marcha, y en lo más solemne de ella.—Terminada esta llanura, descubriremos el horizonte de Italia y empezaremos á bajar la inclinada cuesta que va á morir en el *Lago Mayor*...

A los veinte minutos de camino, pasamos cerca de una torre.—Es el antiguo Hospicio,—propiedad ahora de algunos pastores de los vecinos valles.

Pero observo que hemos empezado á bajar...

Demos un *adios* á la Suiza y á la Francia, y al invierno, que ya avanzaba por el Norte... ¡Hemos saltado la muralla! Estamos en el lado meridional de los Alpes...

Verdad es que la interposicion de los montes nos impide todavía ver el suelo de Italia; pero el cielo que descubrimos... ¡ya es su cielo!...

Ha trascurrido una hora; hemos bajado dos mil pies, y estamos llegando á un melancólico pueblo enclavado en la montaña.

Llábase el *Simplon*.—Habitanlo pastores, que viven á los productos de los hondos barrancos que lo cercan. El invierno dura aquí ocho meses... Nosotros no nos detenemos ni un segundo.

Vamos despeñados... La cuesta se retuerce como una culebra que pugnase por no dejarnos descender á la llanura...

Cruzamos la magnífica *Galería de Gondo*, término de una garganta estrechísima y atroz, cuyo salvaje aspecto causa espanto...

El atrevimiento y la grandeza de esta galería exceden á toda ponderacion...